

SILVER KANE

EL RINCON DE LOS SUEÑOS

ENRIC


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

EL RINCÓN DE LOS SUEÑOS

Colección LA HUELLA n.° 23
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B 6338-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en esta Colección: abril, 1975

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

Capítulo primero

El nuevo y poderoso
X-2000,
el último modelo que la «Citroën» había lanzado aquel año, dejó a un lado la autopista de Nuremberg y se introdujo por el ramal que conduce a los bosque de Gludenburg. La velocidad que marcaba la aguja era de 140, y el motor runruneaba con la suavidad y armonía de sus piezas nuevas y bien ajustadas. Aquel coche, por supuesto, no era un suntuoso «Pallas», ni mucho menos el fabuloso «Citroën-Masseratti» que sólo poseen unos cuantos privilegiados, pero para las posibilidades económicas de Rod Taxon significaba un gran paso adelante. Era lo mejor que hasta entonces se había podido comprar, entre otras razones porque un assistant profesor (profesor ayudante del catedrático) en una universidad norteamericana de segundo rango, no es precisamente un potentado. Pero se sentía contento con el runruneo suave del motor y disfrutaba con la armonía del paisaje en otoño. Pocos rincones había en el mundo que pudieran compararse en belleza a aquel rincón de Alemania.

Después de desembarcar en Lisboa, donde compró el coche, había dejado atrás las atiborradas carreteras españolas, donde los camiones se tocaban uno con otro, y había penetrado en las carreteras mucho menos concurridas de Francia, donde la gente no parecía tan enferma de aquel desesperado afán de moverse que parecía sacudir a todos los españoles. Por fin, en Alemania, había encontrado la absoluta paz. Fuera de algunos tramos de autopista cercanos a las ciudades industriales, todas las anchas carreteras y toda la dulzura del otoño eran para él. Sólo de vez en cuando le adelantaban algún «Mercedes» o algún «Volvo» que se perdían en la distancia.

Ahora, al estar en una carretera sujeta a límite de velocidad, Rod Taxon aflojó la presión del pie sobre el pedal del gas e hizo que su coche rodara a
80-90.
Fue una medida acertada, porque así pudo ver mucho mejor el paisaje y recrearse con el tipismo de los pueblos que iba dejando atrás, unos pequeños burgos que no parecían haberse movido de los oscuros tiempos de la Edad Media.

Los bosques de Gludenburg eran exactamente como él los había imaginado: oscuros, espesos, inmensos, casi impenetrables. Las hojas de los árboles no parecían verdes, sino negras. Por encima de las copas se alzaban a lo lejos los torreones del castillo de Olendorf, que era la meta de su largo viaje.

Le habían dicho en la universidad norteamericana: «*Empezarás a encontrar referencias a las brujas apenas entres en el bosque de Gludenburg*».

Todo aquello, pronunciado en una cafetería ultramoderna, llena de máquinas automáticas y donde sólo se bebía
Coca-Cola,
naranjada con vitaminas incorporadas y café descafeinado, le había parecido un tanto fantástico, como si le hablaran de un mundo remoto, pero ahora se daba cuenta de que aquel mundo existía y estaba allí. Encontró la primera referencia en una vieja cruz de piedra donde se leía en caracteres góticos:

> «AQUÍ FUERON QUEMADAS SIETE BRUJAS DEL CONDADO DE OLENDORF EN 1627, POR ORDEN DEL MUY PODEROSO SEÑOR WILHELM VON OLENDORF. QUE DIOS SE HAYA APIADADO DE SUS ALMAS».

Taxon pensó: «¿De las almas de las brujas o del alma del muy poderoso señor Von Olendorf? Porque mandar quemar vivas a siete mujeres sólo porque echaban el mal de ojo también tiene su miga…».

Subió de nuevo al
X-2000
y se introdujo por el sendero del bosque. Todo iba adquiriendo allí

un aspecto más siniestro cada vez, más inquietante, más misterioso. La luz del sol apenas atravesaba la espesa arboleda formada por abetos y por robles. El silencio, de no ser por el runruneo del motor del coche, hubiera resultado atroz. Uno esperaba ver surgir de cualquier curva una procesión de encapuchados que llevaban a quemar alguna doncella acusada de invocar al diablo, y cuyo único pecado, posiblemente, había sido el de no querer acostarse con su muy poderoso señor. Pero por fortuna para Taxon, no ocurría nada de eso. Ya habían pasado los viejos y siniestros tiempos.

La segunda referencia a las brujas la encontró muy cerca del puente levadizo que llevaba al castillo de Olendorf. Aquí una inscripción mucho más caritativa, que la primera recomendaba una oración por las almas de tres brujas ahogadas lentamente en las aguas del foso por orden también del muy poderoso señor. Por lo visto —pensó Taxon—, aquel tipo se había pasado la vida mandando liquidar gente. ¡Y pensar que él se había comprometido a escribir su historia y la historia de su familia!

Atravesó el puente levadizo y allí tuvo la primera sorpresa. Porque las referencias a las brujas muertas no lo habían sido: ya le advirtieron en la universidad que las encontraría. Lo que aquí le sorprendió de verdad, dejándole casi consternado, fue una gran placa de bronce al borde del camino, junto a la puerta, decía:

> «CLÍNICA MENTAL DE OLENDORF. INSTALACIONES PRIVADAS».

Rod Taxon se pasó una mano por la mandíbula mientras estacionaba su coche junto a un «Opel» y un «Mercedes» aparcados allí. Nunca hubiera podido imaginar que el viejo castillo de los Olendorf, que en cierto modo eran sus antepasados, hubiera acabado siendo alquilado para una clínica mental. Aquello sí que era el fin de una dinastía. Aquello sí que era la muerte de unas viejas glorias históricas.

Se acercó a la entrada y entonces vio que la cosa no era tal como él la había creído. Había más adelante una flecha que indicaba: «Clínica Mental» y señalaba una puerta. Otra flecha se dirigía a una segunda entrada y bajo ella se podía leer: «Castillo».

Por lo tanto solo una parte del edificio estaba alquilada, y la otra debía encontrarse más o menos como a fines de la Edad Media, dejando aparte la existencia de electricidad y posiblemente calefacción en algunas estancias. Sintiendo que otra vez recobraba los ánimos, Rod Taxon avanzó hacia la puerta e hizo sonar una vieja campana de bronce qué representaba la cabeza de un dragón.

La persona que le abrió le hizo dilatar los ojos con un gesto brusco, lleno de sorpresa.

Era una joven de unos veinticinco años. Llevaba un salto de cama vaporoso, negro, suave, que dejaba casi al descubierto sus turbadoras formas. Los largos cabellos de color castaño le caían hasta mitad de la espalda. Había en ella algo silvestre, elemental y misterioso a la vez, como esas apariciones de los sueños que uno cree ver cuando imagina que atraviesa un bosque.

Taxon carraspeó.

Nunca hubiera imaginado que le recibiese un bombón así y encima vestida de una forma tan provocativa.

—Perdón —dijo en perfecto alemán—, imagino que ésta es la mansión de los Olendorf.

—Claro. Y yo soy tu prima Gretchen.

Taxon sonrió. Sus anchos hombros se alzaron un momento como impulsados por un movimiento de alegría. Le tendió la mano y dijo:

—Somos primos muy lejanos, puesto que nuestras ramas familiares se separaron hace muchos años, pero… ¡vaya si lo somos! ¡Y vaya si me alegro de verte! ¿Cómo sabías que iba a llegar hoy?

—Es elemental. Enviaste un telegrama para que te reservaran habitación en el hotel de Olendorf que es la población más próxima, y el hotelero me telefoneó dándome la noticia. Yo le dije que anulara la petición porque te ibas a quedar a vivir aquí.

—Es que no quisiera causar molestias… —dijo Taxon.

—¡Qué molestias ni qué tonterías! Al fin y al cabo, ésta es la casa de tus antepasados y tú vienes aquí a hacer un trabajo importante. Pasa, pasa… Te lo enseñaré todo.

Rod Taxon entró y se encontró en un vestíbulo inmenso que era tal como imaginó siempre que serían los grandes vestíbulos de los castillos alemanes. La arquitectura teutónica tiene una grandeza y un amor por las perspectivas brillantes que resulta difícil encontrar en otras arquitecturas, a no ser la francesa y la española. Pero estas

últimas son muy distintas, de tal modo que en un castillo francés uno imagina que va a encontrar al dueño ofreciéndole un ramo de flores a una criada mientras le da una cita; en un castillo español uno piensa que va a encontrar a la señora confesándose con un capuchino, y en un castillo alemán uno teme que salgan al galope cuatro o cinco caballeros teutónicos y le atraviesen con sus mandobles. Por lo menos Taxon, que había estudiado mucho las arquitecturas de esos países, las imaginaba así.

La suculenta muchacha susurró:

—Estos cuadros que ves en la escalera son los de los antepasados. Hasta el siglo XIX los antepasados fueron tuyos y míos, pero luego las ramas se separaron. Ya ves: algunos llegaron a generales con Bismark, con Guillermo II y con Hitler.

En efecto, se veían cuadros de hombres con pomposos uniformes y solemnes, Cruces de Hierro. Generales que habían estado con Bismark en la batalla de Sedán, con Guillermo II en el siniestro bosque de Yprés o ante los muros de Verdún, y con Hitler en los vericuetos montañosos de Italia o las llanuras de Rusia. Los muebles eran de época, pesados y solemnes. Había en las paredes panoplias con armas que valían una fortuna y que no habían sido tocadas por ningún invasor. Algunos sombríos cuadros de la escuela flamenca tapizaban las paredes, representando casi todos a sombríos personajes que contaban dinero. Sólo un cuadro de la escuela de Rubens mostraba a una alegre y opulenta dama de carnes sonrosadas que miraba beatíficamente al espectador como diciéndole: «Aquí me tienes». Era aquél el único canto a la felicidad y a la vida. Y la verdad era que hacía falta.

—Te enseñaré tu habitación —dijo Gretchen.

—Te lo agradezco, pero la verdad es que procuraré no causar molestias… Pensaba venir aquí a trabajar pero residiendo en el hotel.

—Entre ir y venir se te pasaría el tiempo —dijo ella—. Es mejor que vivas aquí, y además no vas a darnos por ello ninguna molestia. Sólo vivimos en este enorme castillo mamá y yo, de forma que nos va a ser muy grata tu presencia. Ah… También vive el señor Gudrun. Te gustará conocerlo.

—¿Quién es el señor Gudrun?

El especialista en diablos. Está escribiendo una historia sobre la

influencia del diablo en la historia de nuestra familia. Puede darte datos de gran interés para tu libro. ¿Qué es lo que realmente te han encargado en la universidad?

—Una historia de los Olendorf, que va a ser en realidad como la historia de la Alemania medieval, con sus guerras, sus supersticiones, sus misterios y su escondido salvajismo. Algo apasionante. Por el hecho de que yo desciendo de los Olendorf creo que me será fácil escribirla.

—Por supuesto. Puedes disponer de la biblioteca y de todo lo que hay en el castillo.

—Veo que una parte está alquilada a una clínica mental…

—Claro… ¿De qué piensas que vivimos? Ahora no es como antes, cuando los Olendorf poseían todas las tierras circundantes y los vasallos pagaban tributos. En este momento mantener el castillo es muy caro y por eso hemos tenido que alquilar una parte. Pero no temas. No se oyen los gemidos de los locos a través de las paredes.

Taxon movió la cabeza.

Y fue entonces justamente cuando lo oyó.

El aullido.

Aquel aullido largo, ululante, inhumano, que atravesaba las paredes.

No se sabía de dónde procedía. Del techo de los muros, del suelo… Quizá de la casa entera.

Era un aullido de muerte que parecía llegar del Más Allá.

Que flotaba por encima del tiempo.

CAPÍTULO II

Gretchen, cosa sorprendente, no hizo ningún comentario, como si no lo hubiese oído. Con la expresión más impasible del mundo dijo:

—Te presentaré a mamá. Pero procuraremos no molestarla porque está algo enferma. Nos quedaremos en la puerta.

—Entonces dejémoslo para mañana… —sugirió Roa.

—No, no… Solamente quiero que sepa que estás aquí.

Y oprimió un timbre a un lado de una solemne puerta de roble, timbre que produjo un sonido cantarino. Por lo visto, allí, llamar con los nudillos se consideraba demasiado vulgar. Después de aquel sonido, una voz femenina ya un poco cansada dijo desde dentro:

—Adelante…

Gretchen advirtió.

—Nunca entres sin llamar.

—Jamás haría una cosa de tan mala educación —se defendió Taxon.

—Quiero decir que no llames con los nudillos. Mamá se sobresalta si oye golpes. Hubo un tiempo, hace muchos años, en que la policía militar norteamericana, aporreaba su puerta cada vez que quería registrar. Eso le desquició los nervios.

—Comprendo —dijo el joven—. Lo tendré en cuenta.

Ella empujó la puerta y vieron una habitación grande y solemne cuyos muebles debían ser de la época de Federico de Prusia. A la cama no le faltaba ni el dosel. Una luz muy incierta imperaba allí, pero bastaba para ver una dama de unos sesenta años, todavía corpulenta, que estaba sentada en una mecedora. Vestía ropas muy severas, pero su expresión era amable. Flotaba en sus labios un principio de sonrisa.

El único movimiento que hizo fue oscilar la mecedora un poco.

—Mamá —dijo Gretchen—, éste es Rod Taxon, nuestro pariente de América. Ya te dije que iba a venir.

—Es un placer —dijo la mujer con voz aleo chirriante—. ¿Cómo te sientes, Rod?

—Bien, señora. ¿Y usted?

Algo delicada. Gracias. Pero espero recuperarme pronto.

—Procuraré no causarles molestias, señora.

La mujer no contestó. Sólo la mecedora seguía oscilando un poco, lo cual indicaba que iba a dormirse. Gretchen dijo con voz velada:

—Ahora ya la has conocido. Vámonos.

Y cerró la puerta con cuidado. A cada movimiento que hacia aquella belleza, se marcaban más y más sus turgentes curvas, Taxon estaba impresionado no sólo por eso, sino porque además constituía una auténtica sorpresa para él. No lo había esperado de ninguna manera. Pensó, aunque avergonzándose en parte de aquel pensamiento, que una aventurita con su prima no estaría nada, pero que nada mal.

Ella abrió otra puerta al final de un largo pasillo.

—Ésta es tu habitación —dijo—. Espero que te guste.

Era también demasiado solemne, pero estaba dentro del espíritu de lo que Rod esperaba encontrar allí de modo que le gustó. Una puerta que daba al fondo debía comunicar con el cuarto de baño. Las dos ventanas daban al bosque.

—Nos traen la comida de la clínica mental —dijo la muchacha —, y así nos evitamos tener que cocinar. Pero no tengas manías, porque es sana y agradable. ¿Te gusta cenar a la luz de las velas?

—Será algo desacostumbrado —dijo Rod.

Pues entonces a las nueve. Tú y yo solos.

Y cerró la puerta con una sonrisa insinuante.

Rod Taxon dirigió una mirada circular a todo aquel ambiente que parecía haberse conservado así durante siglos y por ver el cual había atravesado media Europa además de todo el Atlántico. Pensó que no podía haber pedido un escenario mejor para trabajar en la historia de los Olendorf. Chascó dos dedos con un gesto muy americano, se quitó la chaqueta de ante que había nevado para el viaje y pasó al cuarto de baño para asearse un poco antes de descender hasta el coche y recoger sus maletas.

Vio que allí todo era moderno.

Los azulejos.

Los elegantes aparatos sanitarios.

La grifería.

El cadáver.

Sí hasta el cadáver era «nuevo».

No debía llevar muerto ni diez minutos, porque aún conservaba el calor.

Y ahora comprendió Rod el porqué de aquel terrible alarido.

Se dio cuenta qué garganta lo había lanzado en el momento de morir.

La garganta crispada de la chica que tenía delante, colgada de la ducha.

La muchacha muerta.

CAPÍTULO III

Rod contempló aquello con la expresión de un alucinado. Él era un profesor universitario y no estaba acostumbrado a aquella clase de espectáculos siniestros. Había sido campeón de boxeo en su distrito y también un gran jugador de *rugby*, pero su cerebro no estaba preparado para aquella clase de sorpresas. Mientras le parecía estar viviendo un sueño, se acercó a la chica.

Era joven y bonita. Bueno, lo había sido. Le calculó unos veinte años muy bien aprovechados. Tenía esa opulencia típica de las jóvenes alemanas que aún no han llegado a la madurez. Una larga trenza rubia se prolongaba hasta su cintura. Estaba solo semivestida, y lo que la hacía estar colgada de los conductos de la ducha era un cordón de seda.

Rod la volvió a tocar. Sin duda su cuerpo aún conservaba el calor. Debía haber muerto pocos minutos antes, justo cuando él oyó aquel grito estremecedor que parecía llegar de todos los rincones de la casa.

Tragó saliva pesadamente y salió de allí. Pensó que tenía que avisar en seguida a la madre de Gretchen, la dueña de todo aquello.

Fue ante la puerta de la habitación y estuvo a punto de llamar con los nudillos, pero al fin se acordó de la norma e hizo sonar la campanilla. La misma voz un poco monótona de antes dijo:

—Adelante.

Él pasó.

Vio la mecedora que se movía un poco.

La mujer quieta.

Su débil sonrisa.

Y en ese momento apareció Gretchen detrás. Gretchen que llevaba su vaporoso salto de cama negro.

Tocó a Rod en la espalda y le preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Hay… hay una mujer muerta en mi cuarto de baño.

Gretchen musitó:

—No puede ser…

Pero enseguida pareció reaccionar y dijo a su madre:

—Mamá, ¿has oído? Rod dice que hay una persona muerta en su habitación. ¿Qué hacemos? ¿Tienes inconveniente en que avisemos a la policía? ¿No te asustará que esa gentuza vuelva a poner los pies aquí?

—No son los mismos —dijo la voz opaca de la mujer. No son los malditos americanos. Llámalos y que me pasen los expedientes de la clínica. A esa gente hay que controlarla con mano de hierro.

Gretchen dijo:

—En seguida, mamá.

Y cerró.

Rod hizo un gesto de sorpresa, porque no entendía nada de aquello.

—¿Los expedientes de la clínica? —preguntó.

—Ah tú no lo sabías… No te lo he dicho Mamá es uno de los mejores psiquiatras de Alemania. No creas que alquiló parte del castillo para una clínica mental por pura casualidad. Pudo haberle alquilado para un hotel y hubiera sido más cómodo. Lo ha hecho porque así dirige técnicamente todos los casos. Incluso estando enferma no deja de trabajar.

Y pareció acordarse de pronto de que había algo mucho más importante que aquello. Hizo un gesto brusco mientras decía:

—Llama a la policía tú mismo.

Rod tenía la sensación de estar hundido en un mundo irreal una especie de mundo de pesadilla, pero hizo lo que la muchacha le indicaba y busco el número de la información telefónica de la pequeña localidad situada apenas a cinco kilómetros y llamada también Olendorf. Una voz agradable le contesto.

—¿Diga?

—Por favor, señorita, póngame con la policía. Es urgente.

—Un momento. No se retire.

Se oyó el ruido de una clavija. Al cabo de unos breves instantes una voz espesa contesto:

—Policía de Olendorf. ¿Quién llama?

—Llamo desde el castillo —dijo Rod Taxon—. Tiene que venir en seguida. Hay una persona muerta aquí.

—¿Es el manicomio?

—No. En el manicomio no. En la parte privada del castillo.

—Pues sí que es incomprensible… ¿De quién se trata?

—No sé. Una persona desconocida.

—Está bien. Cuelgue, por favor. Voy para allá en seguida con el médico forense.

Rod colgó. Era natural que viniese un solo policía, pues apenas debía haber dos o tres agentes en Olendorf. Miró a Gretchen mientras susurraba:

—Creo que deberías verla. Tal vez la conozcas tú.

—Es posible. Vamos.

Los dos subieron a la habitación y miraron a la muchacha ahorcada. La expresión de ésta cambiaba rápidamente, como si la muerte se fuera apoderando más y más de ella a cada minuto que transcurría. La mu chacha la miró fijamente y dijo al fin, con un movimiento negativo de cabeza:

—No, no la había visto nunca, pero tiene que ser una de las pacientes del manicomio. No hay otra explicación Alguna vez, aunque eso es muy difícil, han pasado a esta parte del castillo. Seguramente se ha suicidado.

—¿Suicidado? ¿No has oído antes un grito?

—Sí, pero llegaba de la clínica. Eso pasa rarísimas veces. Tan raras que casi no puedo creerlo.

Rod murmuró:

—No llegaba del otro lado del castillo, sino de este lugar. Y una persona que va a suicidarse no grita en el momento de colgar de la cuerda. Pero eso lo resolverá la policía. Nosotros no podemos dar ninguna opinión ahora.

La policía llegó apenas unos minutos después: «La policía» consistía en un solo agente a quien el uniforme venía algo estrecho y que se limitó a emitir una serie de gruñidos al ver el cadáver. Por las pocas cosas que dijo, se dio cuenta Rod de que era el mismo que poco antes había hablado por teléfono con él. En cuanto al forense, resultó ser un individuo tímido que apenas abría la boca. No llegaron ni fotógrafos ni técnicos. La ley no parecía disponer en

Olendorf de demasiados efectivos, ésa era la verdad.

—Tiene que tratarse de una de las enfermas —dijo el agente al fin—. De otro modo no le encuentro sentido.

—Eso puede averiguarse pronto —indicó Rod Taxon—. Se va a la clínica y se pregunta si falta alguien.

—Claro…, ¿qué piensa que vamos a hacer?

Y el agente deshizo con el mayor cuidado el nudo del lazo de seda, ayudado por el forense. Entre los dos descendieron a la chica y la tendieron en el suelo. Gretchen temblaba tan espasmódicamente que Rod indicó:

—Más vale que salgas de aquí.

Salieron los dos. Durante unos instantes que parecieron interminables, sólo el agente y el forense permanecieron con la muerta. Luego salieron también los dos con las expresiones abatidas de dos hombres que no saben por dónde empezar.

—Vamos a la clínica mental —dijo el policía—. Dentro de poco retiraremos el cadáver, pero mientras tanto no toquen nada. Por cierto, ¿cómo se llama usted? ¿Es usted el que ha presentado la denuncia?

—Sí. Me llamo Rod Taxon y soy ciudadano norteamericano. Trabajo como profesor de Historia Moderna en la Universidad de Indiana.

—Perfecto. Luego me ocuparé de recoger toda su información, aunque es fácil que pida ayuda a las autoridades de Nuremberg si me veo desbordado. Repito: no toquen absolutamente nada.

—¿Puedo sacar mi equipaje del coche? —preguntó Rod.

—¿Es ese
X-2000
que hay fuera?

—Sí.

—Pues sáquelo, naturalmente. Gracias por la colaboración que sé que va a prestarme. Buenas noches.

Los dos hombres desaparecieron. Rod se secó unas gotitas de sudor que habían aparecido en su frente y musitó:

—En seguida vuelvo, Gretchen.

Se dio cuenta al salir que no parecía haber criados en todo el castillo. Era muy posible que para el servicio de limpieza y todo lo demás dependieran de la clínica contigua, donde por fuerza tenía

que haber bastante gente. Pero Rod se dio cuenta de una cosa más, y era que la noche había cerrado por completo. Quizá en una llanura se hubiera visto algo, pero aquí los cercanos bosques lo tapaban todo. La superficie que había hasta llegar al foso no era más que una masa de sombras.

Entre ellas destacaba el color plata del coche.

Rod se acercó a él.

Y entonces vio la mano en la ventanilla posterior. Vio a la chica que le hacía señales desde dentro. Vio sus ojos y su boca.

Era preciosa. Era la maravilla más notable que él había visto en mucho tiempo, si se exceptuaba a Gretchen. Vestía de blanco y eso hacía que destacara en el interior del coche. Intentaba llamar su atención mientras hacía enérgicas señas con su mano derecha.

Rod no comprendía qué hacía aquella chica allí.

De todos modos fue a abrir la portezuela para atenderla. Quizá necesitaba ayuda. Acercó los dedos a la manija.

Y él mismo estuvo a punto de ser víctima de la llamarada, de la explosión, de aquella especie de infierno que en cuestión de segundos brotó del interior del coche. Fue como una llamarada súbita, como un relampagueo, como un chispazo de muerte.

Algo que parecía una bomba de fósforo estalló a los pies de la muchacha que estaba dentro. Las llamas se alzaron en cuestión de segundos y llenaron el interior del vehículo. Éste se convirtió en un mar de fuego antes de que Rod pudiera abrir y cerrar los ojos una sola vez.

Intentó tirar de la manija. Lo consiguió al fin con un movimiento desesperado, porque la puerta se había encallado.

Y la visión dantesca avanzó entonces hacia él. La chica convertida en un ascua, en una bola de fuego, emergió entonces del interior del

X-2000

mientras lanzaba una serie de gritos guturales. Intentó avanzar unos pasos y se derrumbó. Taxon pensó en el extintor del coche, pero no había modo de sacarlo. Porque se dio cuenta de que todo el «Citroën» iba a estallar.

En efecto, el incendio había alcanzado ya al depósito de gasolina. Taxon tuvo el tiempo justo para lanzarse hacia atrás con una agilidad que mejoró incluso la de sus tiempos de jugador de

rugby. Rodó sobre sí mismo frenéticamente.

Todo el
X-2000
se convirtió también en una bola de fuego.

El joven no resultó alcanzado por las llamas de puro milagro. Éstas llegaron a rozarle. Inmediatamente después de la explosión alzó la cabeza y miró en torno suyo como un alucinado. Comprendió que había escapado de la muerte por los pelos, pero no podía decirse lo mismo de la hermosa desconocida.

Ésta se había convertido ya en poco más que un montón de cenizas. Lo que parecía ser una bomba de fósforo la había desintegrado. Taxon se puso en pie y sintió que todo empezaba a dar peligrosas vueltas en torno suyo. La onda expansiva de la explosión le había afectado más de lo que creía.

Le costaba mantener el equilibrio.

Lo curioso era que nadie asomaba ni por la puerta del castillo ni por la correspondiente a la clínica mental. Tampoco el agente de la policía de Olendorf llegaba hasta allí, como si no se hubiera enterado de nada.

Taxon avanzó como un borracho hacia la puerta del castillo y la abrió. Vio que el policía llegaba corriendo en ese momento.

—¿Qué ha ocurrido?

—Algo diabólico —dijo Taxon—. Yo creo que había una pequeña bomba de fósforo dentro de mi coche. Y una chica desconocida estaba en su interior… ¡Mire!

Realmente pocas palabras hacían falta porque el espectáculo era suficiente. Como si se sintiera completamente desbordado, el policía susurró:

—Nunca habían ocurrido estas cosas en Renford…

—¡Pues si no tiene hombres suficientes, pida ayuda a Nuremberg!

—Eso es lo que pienso hacer, aunque tardarán un par de horas en llegar. Hum… No recuerdo haber visto jamás un cadáver así… Dicen que en Dresde y en Hamburgo lo había, cuando los bombardeos, pero yo tuve la suerte de no llegar a verlos. Oiga… ¿por qué estaba esa chica en su automóvil? ¿La conocía?

—No. Como tampoco conocía a la muchacha muerta en mi habitación. Parece que me estoy convirtiendo en una especie de

coleccionista de muertos. Voy a volverme loco. ¡Y encima todas las muertas que encuentro son mujeres bonitas!

Y entró en el enorme edificio para ver que el forense llegaba dando saltitos. Ni Gretchen ni su madre aparecían por parte alguna. En torno a la solemne edificación volvía a imperar un total silencio.

El policía dio un par de rápidas vueltas en torno al coche, como si aún esperara encontrar en él algún signo de vida. Luego susurró:

—Definitivamente voy a tener que pedir ayuda a Nuremberg. En Olendorf no tengo más que un compañero y entre los dos nunca resolveríamos nada.

Taxon hizo un gesto afirmativo, puesto que aquélla era la única cosa racional que se podía intentar. Luego penetró en el interior de la vieja mansión, enfrentándose de nuevo a los cuadros, a las sombras, a aquella atmósfera que antes le había parecido llena de elegancia y que ahora le parecía alucinante. Pero de pronto todo cambió. Fue al mirar arriba cuando vio la maravillosa figura de Gretchen, que le esperaba en lo alto de las escaleras.

Gretchen se había vestido para cenar y lucía una pieza de seda mate que en las caderas, la cintura y el nacimiento de los muslos se pegaba como una segunda piel a aquella soberbia escultura que era su cuerpo. Era una visión llena de sugestiones y que disipaba todas las brumas, una visión que hizo parpadear dos veces a Rod Taxon.

Se dio cuenta de que el vestido que lucía la muchacha explicaba su ausencia durante la explosión. Ella no podía haber acudido al oír el estampido si en aquel momento estaba desnuda.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Gretchen—. ¿Es que ha vuelto a suceder algo malo, Rod?

Su voz temblaba. Pese a querer mantener una apariencia normal, su aspecto denotaba miedo. Rod murmuró:

—Alguien más ha muerto. Y creo que vamos a tener que hacer una cosa, Gretchen: investigar en ese maldito manicomio que hay al lado.

—No… no es realmente un manicomio. Se trata de una casa de salud para personas que tienen depresiones nerviosas o que sufren stress.

—De todos modos, cuando llegue la policía de Nuremberg, convendrá averiguar si esas dos mujeres muertas salieron de allí. Ése es el punto principal que hay que aclarar. Sin eso nunca

resolveremos nada. Gretchen asintió.

—Claro que sí, Rod, pero de todos modos te aseguro que esa casa de salud es perfectamente normal. Yo…, yo intentaba que te sintieras bien aquí, ¿sabes? Incluso había tratado de olvidarlo todo y me había vestido para cenar…

—Ya lo veo. Y te lo agradezco, Gretchen. Pero de momento creo que debes volver a tu habitación y esperar. Mejor que no veas el espectáculo que queda ahí abajo.

Y añadió refunfuñando:

—Y pensar que no tenía el coche asegurado contra incendios…

CAPÍTULO IV

Aquella misma noche, antes de que llegara la policía de Nuremberg, Rod Taxon decidió hacer una investigación en la clínica mental anexa al castillo. Daba por descontado que, como le había dicho Gretchen, todo era normal allí, pero urgía averiguar si las dos mujeres muertas habían salido de aquel sitio. No podía esperar para eso a que llegara la policía, porque mientras tanto podía ocurrir otro crimen.

De modo que una vez hubo dejado a su prima se dirigió a la parte de la residencia que daba a la clínica mental. No se veía a nadie por los jardines, por los patios ni por el gran foso. Daba la sensación de que todo aquello estaba deshabitado y llevaba muchos años sin ser pisado por nadie.

El cartel que indicaba la existencia de la casa de salud tenía una flecha, de modo que lo único que había de hacer Rod era seguirla. Llegó así ante un enorme portalón digno de la Edad Media y que en la época actual apenas hubiera podido construirse. Ya no quedaban artistas capaces de acoplar tan a la perfección aquellos herrajes y aquellos enormes troncos.

Oprimió un timbre.

Durante largo rato imperó el silencio al otro lado de la puerta, como si nadie viviese en aquellas enormes naves. Rod empezaba a impacientarse y a pensar que quizá la entrada estaba en otro sitio cuando oyó unos pasos quedos al otro lado de la enorme puerta.

Ésta empezó a abrirse.

Debía tener al otro lado un dispositivo eléctrico porque de lo contrario no hubiese habido fuerza humana capaz de moverla.

En aquella enorme entrada, la figura femenina parecía pequeña, pese a pertenecer a una mujer majestuosa y que en el escenario de

un teatro hubiera llamado la atención como una *vedette* de primera clase. Iba vestida de negro, pero su falda resultaba algo corta. No podía negarse que resultaba sugestiva y hasta tentadora, con sus zapatos de alto tacón, sus piernas largas y torneadas, sus medias picaras y aquel vestido ceñido tan ajustado a sus formas. No era desde luego, la clase de mujer que uno espera encontrar en la puerta de una clínica mental. Más bien estaba indicada para el garito de juego clandestino o para una casa de citas.

Con voz queda preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Perdone que la moleste a estas horas. Me llamo Rod Taxon —dijo él en perfecto alemán—. Soy pariente de los Renford.

—Los Renford nos tienen arrendada esta parte de su residencia y pagamos puntualmente el alquiler. Además procuramos no molestar. ¿Por qué viene a estas horas? ¿Es que hemos hecho algo malo?

—No, no… Por favor, no tome esto como una intromisión. Sólo quisiera hablar un momento con el director de este centro.

—El director técnico es la propia señora Olendorf.

—Ya me lo han dicho. Bueno, he creído entender que ella revisa los expedientes clínicos. Pero quisiera hablar con el director administrativo, en todo caso.

—No sé si ésta en este momento. En fin espere… Pase y tenga la bondad de aguardar unos minutos.

Rod pasó y vio que la puerta se cerraba tras él En efecto, un motor eléctrico ayudaba a lo que las solas fuerzas humanas no hubieran podido hacer. La mujer desapareció con un gracioso taconeo mientras le hacía una seña para indicar que aguardase.

Él miró en torno suyo, al quedar solo en el vestíbulo. Este tema la solemne arquitectura de la casa de los Olendorf, puesto que eso no había ser variado, pero la decoración resultaba muy distinta. Todo estaba pintado de blanco y los muebles eran funcionales. Un grato silencio imperaba allí, como corresponde a una casa de reposo donde uno tiene que encontrar la verdad de su espíritu.

Allí debía acudir para curarse gente rica, pues esas residencias privadas suelen ser muy caras, aparte d que ésta se hallaba situada en un lugar privilegiado. Rod Taxon se dio cuenta de que había en las paredes una serie de retratos de médicos, celebres, y de

certificados recomendando las excelencias de la clínica. No cabía duda de que estaba en un sitito de verdadera altura.

La preciosa mujer volvió al cabo de unos minutos caminando sobre sus altos tacones y moviendo sus caderas con desenvoltura de *vedette*. Hizo un gesto negativo mientras sonreía a Taxon.

—Lo siento pero el director administrativo ya no está —dijo—. Duerme en la población y hoy se ha marchado un poco antes.

—Pues es lamentable… —dijo él mordiéndose el labio inferior —, pero quizá usted misma pueda ayudarme.

—¿En qué sentido?

—Necesitaría saber si todas las enfermas están aquí. Es decir, si no falta ninguna esta noche.

—¿Y por qué había de faltar?

—No sé si usted la ha oído, pero se ha producido hace poco una explosión junto al castillo de Olendorf. Me temo que una de las pacientes de esta casa haya muerto.

Ella palideció un poco, pero ésa fue toda la reacción que tuvo. Con la misma desenvoltura de antes murmuró:

—He oído la explosión y hasta me he dado cuenta de que había ocurrido algo con un coche, pero no imaginaba que hubiera nadie dentro. ¿Pretende decir que una de nuestras enfermas podía estar allí?

—Sí, eso es lo que temo.

—¿Y cómo es que no ha venido la policía?

—Por una sencilla razón: en la plantilla de Olendorf solo hay dos agentes, por lo visto, y nada más Que uno ha podido venir aquí. En este momento está pidiendo ayuda urgente a la policía, de Nuremberg.

—De acuerdo… Espere, comprobaré si todo el mundo está aquí, aunque doy por descontado que así es Ahora las pacientes ven la televisión.

Y señaló hacia la escalera que llevaba al piso superior. Allí, como antes había creído notar Rod, se escuchaban algunos leves rumores que debían proceder de un aparato de televisión. Mezclado con aquellos rumores, le llegaba el eco lejano de algunas risas.

—Por favor, vaya a comprobarlo —dijo—. Estoy seguro de que no la molestará.

—Claro que no me molesta. Siga aguardando unos minutos, si

no le importa.

Y la apuesta recepcionista fue al piso superior. Mientras ella subía la escalera, Taxon no pudo resistir la tentación de mirarla y tuvo que admitir —aunque ahora no estaba para cuentos— que sus piernas, que ahora veía en toda su extensión, eran de auténtico campeonato.

Mientras esperaba —pues ella debía estar arriba comprobando la presencia de todas las pacientes—. Taxon aguzo el oído y se dio cuenta de que, en efecto seguían las voces un poco gangosas de la televisión y de que esas voces se mezclaban con las risas. El programa debía ser muy divertido.

Echó una ojeada a todo lo que había en la pequeña oficina de recepción, cerrada a aquella hora y le pareció que no existía nada de interés para él. Unos cuantos libros que parecían de contabilidad descansaban sobre una mesa donde había también lapiceros una sencilla máquina de calcular y un ejemplar del Das Bild Zeitung, el periódico de mayor tirada de Alemania.

Rod lo ojeo distraídamente porque en aquel momento no tema nada mejor que hacer. Pasó por alto la sección de Deportes y se fijó de una manera casual en la de Espectáculos, donde estaban anotados también todos los programas de televisión de las distintas cadenas. Echó un vistazo a los que se emitían a aquella hora.

Y tuvo una sorpresa. Una arruguita de preocupación se fue dibujando poco a poco en su frente.

Porque los programas eran los siguientes. Un noticiario, un partido de fútbol, un concierto una visita cultural a un museo y un reportaje sobre la fauna salvaje de Nueva Guinea, aparte de una sesión necrológica de la Academia de Ciencias dedicada al elogio fúnebre de los científicos muertos aquel año.

Todos los programas eran serios, cuando no francamente aburridos. Entonces, ¿de qué diablos venían aquellas risas tan insistentes de la planta alta?

Rod Taxon sintió que unas gotitas de sudor empezaban a perlar su frente.

Allí había algo que no cuadraba. Mejor dicho, desde que había puesto los pies en Olendorf nada cuadraba, pero aquellas risas casi continuas eran la cosa más extraña con que se había encontrado desde que aquello empezó.

Por lo tanto tomó una decisión.

La estupenda recepcionista volvía.

Sus piernas sensacionales aparecieron en el umbral. Sus labios le dedicaron una sonrisa.

—Puede marchar tranquilo, señor Taxon —dijo—. Todas las pacientes están aquí.

—¿Por tanto no falta ninguna?

—No.

—¿Es que aquí sólo hay pacientes femeninas?

—Sí Es una clínica mental para señoras. Dado que casi todas padecen manías, no podríamos garantizar un buen orden… digamos sexual si también hubiese hombres.

—Lo comprendo. Ahora deben estar muy divertidas, ¿verdad?

—Sí. El programa de televisión les gusta mucho.

—Pues no sabe cuánto lo celebro. En fin, perdone que la haya molestado. Me voy mucho más tranquilo.

—No faltaba más. De todos modos ya me informará si dice algo la policía. Buenas noches, señor Taxon.

—Buenas noches.

Ella le precedió mientras le acompañaba hacia la puerta, para señalarle el camino. Era un deber de cortesía. Todo muy correcto, muy normal. Pero durante algunos segundos le dio la espalda.

Taxon aprovechó la oportunidad. Sabía dar muy bien aquellos golpes y no necesitaba ninguna preparación para ellos. Dejó caer el canto de la mano derecha sobre la nuca de la mujer.

La fuerza del impacto estuvo perfectamente calculada. Golpeando con un poco más de fuerza pudo haberla matado, pero así la dejó sin sentido solamente. La chica se derrumbó y quedó tumbada sobre la butaca en una pose más que sugestiva. Viéndola así, uno tenía que pensar a la fuerza que era verdad, que… digamos, el buen orden, hubiera sido muy difícil de mantener en aquella clínica.

Sin pensarlo un momento más, Rod Taxon hizo algo que quizá hubiera hecho un maníaco: le quitó las medias y con una de ellas le sujetó sólidamente los tobillos, mientras con la otra le ataba las manos a la espalda. A continuación la amordazó introduciéndola en la boca una gruesa bola de papel que de ningún modo podría escupir. No había miedo de que la chica gritase.

Convencido de que por aquel lado no iba a tener problemas, Rod subió las escaleras hasta llegar ante la puerta tras la que seguía oyéndose la voz de la televisión y las leves carcajadas. La empujó bruscamente.

Y entonces sus sospechas se vieron confirmadas con cruda brutalidad.

En la sala no había nadie. Ni una mujer, ni un ser vivo. Nadie.

Existía un aparato de televisión, eso sí, pero estaban dando un noticiario en el cual aparecía el señor Harold Wilson durante una reunión electoral. No se veía el motivo de risa por ninguna parte. Las voces un poco gangosas que él había oído desde abajo eran las voces de los locutores.

En cuanto a la discretas carcajadas, procedían de un magnetófono que estaba funcionando a poca distancia. De ese modo, desde el vestíbulo, podía tenerse la sensación de que una respetable cantidad de público lo estaba pasando bomba con el programa de televisión. El mismo lo hubiera creído sin la casualidad que le hizo mirar la cartelera del Das Bild.

Las gotitas de sudor se produjeron en la frente de Rod.

Quedó quieto unos instantes, mirando todo aquello.

Allí no sólo había algo que no marchaba. Allí existía un engaño monstruoso. Alguien había maquinado un plan para que él no llegara a conocer nunca la siniestra verdad.

Rod se volvió poco a poco.

Le parecía oír una música lejana.

Un suspiro que atravesaba las paredes.

Una serie de pasos que llegaban hasta él.

Aquel terror oscuro, casi visceral, duró unos segundos y lo dominó en seguida. Comprendió que tenía que averiguar todo aquello antes de que fuera demasiado tarde y se puso en movimiento.

Atravesó la sala de la televisión.

Más allá había una puerta y la abrió. La más completa oscuridad, una oscuridad casi viva, se extendió ante sus ojos.

Llevó la mano hacia el lado derecho, porque allí tenía que estar el interruptor de la luz. Pero no lo encontró. Probó un poco más abajo.

Y entonces rozó los dedos.

Los dedos calientes y vivos.

Fue algo furtivo, pero tuvo la sensación de que cien gusanos recorrían velozmente su carne.

Retiró la mano y dio un paso adelante. Fue un error. Porque al menos a su espalda tenía luz, mientras que ahora se cerró la puerta y él quedó envuelto en las tinieblas más espantosas.

Hizo un gesto brusco.

Sus puños salieron disparados al aire.

¿Pero contra quién? ¿Dónde se movían sus enemigos entre aquellas tinieblas espantosas? ¿De qué maldita sombra formaban parte? ¿Dónde estaban?

Los puños rasgaron el aire inútilmente. Y entonces creyó notar a su espalda aquel silbido siniestro.

Tuvo el acierto puramente instintivo de hacerse a un lado y eso le salvó la vida. El filo del acero casi le segó el cuello. Y sin duda hubiera acabado con él caso de estar en el sitio donde antes estaba.

Rod se dio cuenta de lo que aquello significaba.

Un hacha.

¡Un hacha alemana de la Edad Media!

Había visto un levísimo reflejo, pero eso fue bastante para él. Para un profesor de Historia, nada de aquello podía resultar desconocido.

Y él sabía que entre las armas medievales más temibles figuraban aquellas hachas alemanas, siempre que se tuviera fuerza para manejarlas. Preferidas en aquellos tiempos por los verdugos de todos los países, eran capaces de hacer rodar una cabeza de un solo tajo gracias a su ancho filo, a su temple excepcional y a su perfecto equilibrio de pesos. No es tan fácil separar una cabeza del tronco de un solo golpe. Muchos pobres ajusticiados a los que tuvieron que machacar hasta siete veces hubieran podido explicar algo de eso.

Y un arma de tal calibre había estado a punto de quitarle a él todas las penas. Pero Rod no acababa de conseguir más que librarse provisionalmente del peligro. Porque su misterioso enemigo… ¡volvía a atacar!

Ahora el joven rodó por el suelo.

Vio de nuevo el brillo leve del hacha.

Y oyó el terrible impacto.

El pesado mueble que estaba casi junto a él se partió por la

mitad. El hacha lo había alcanzado de lleno.

Rod Taxon se estremeció.

No hacía falta ser un prodigio de imaginación para sospechar lo que hubiera pasado caso de ser alcanzado su cuerpo.

Ahora toda la salvación estaba en su movilidad, y por lo tanto no se estuvo quieto. Dejó que su instinto de jugador de *rugby* actuara. Y se lanzó de cabeza contra una de las paredes mientras «descolocaba» a su misterioso enemigo totalmente.

El hacha voló de nuevo.

Su ancho filo se clavó en el *parquet* del suelo, que había sido instalado poco antes. Quedó profundamente hundida allí, pero inmediatamente fue desclavada.

Rod sintió por un momento que todo daba vueltas en torno suyo. Se había hecho daño de verdad al chocar contra la pared. No es lo mismo darse contra el tabique de una casa moderna que contra un muro de piedra de dos metros de grueso.

Sus reflejos fallaron durante unos segundos, a causa del aturdimiento, pero él se dio cuenta de lo que podía ocurrir. Su instinto le dijo que la única salvación estaba en la huida. Tenía que salir de allí.

No podía luchar contra un enemigo al que no veía, y además en una habitación desconocida. Por otra parte, la cabeza le seguía dando vueltas después del tremendo choque contra la pared.

Logró palpar una puerta.

Se lanzó hacia ella y la abrió con la cabeza. Aquello no contribuyó precisamente a mejorar su equilibrio mental, pero al menos logró salir de allí. Vio que estaba en una habitación cuadrada y grande, pintada de blanco.

Este último golpe contra la puerta también había sido de campeonato, de modo que sus ojos se cerraron un momento. Notó que todo daba vueltas en torno suyo y que iba a perder el sentido.

Fue entonces cuando la vio.

La puerta del fondo se estaba abriendo.

Una chica huía.

Falda oscura, zapatos elegantes, blusa negra, medias finas, peinado de primera clase. Y todo eso rodeando, adornando, un cuerpo de campeonato, una anatomía que hacía olvidar todas las perfectas anatomías que había visto hasta entonces.

Por su altura y por su peso la chica no era ningún alfeñique, y por otra parte sus movimientos resultaban rápidos y atléticos. No cabía duda de que, con un poco de entrenamiento, podía haber manejado aquel hacha.

Ahora no la llevaba.

Sin duda no se atrevía a atacarle en un sitio donde hubiera luz, por si volvía a fallar el golpe y quedaba al descubierto. Lo único que hacía era tratar de huir en espera de mejor ocasión.

Rod dejó que rechinaran sus dientes.

Se lanzó con todas sus fuerzas. Voló materialmente a ras del suelo.

Un «placaje» perfecto que hubiera levantado al público de sus asientos en un partido de *rugby*.

Y se produjo una espectacular caída.

Claro que las piernas que estaba acostumbrado a detener Rod eran feas y ásperas, mientras que éstas eran de primera clase. Ni siquiera la chica amordazada abajo las tenía tan bonitas, y eso que de verdad valían la pena.

El joven pensó maquinalmente que allí sólo había mujeres bonitas.

Mejor.

Era una delicia sujetar aquellas extremidades donde los dedos se hundían como una tentación. Era una delicia incluso oír aquella voz áspera que decía:

—Canalla…

Rod murmuró:

—Más vale que tú y yo tengamos una explicación, nena. No creas que todo esto lo hago sólo porque tienes una piel preciosa.

—¿Por qué… me has atacado?

—¿Y tú por qué has tratado de matarme con un hacha?

La desconocida le miró con asombro.

—¿Yo…? —balbució.

—¿Por qué huías entonces?

—Porque he oído ruidos de lucha, te he visto a ti, que eres un desconocido, y he pensado que tenía que avisar con urgencia al director. Eso es todo.

—¿Me has tomado por un ladrón?

—¿Entonces qué infiernos eres?

La chica hablaba con absoluta naturalidad y casi agresivamente, de modo que daba una absoluta sensación de estar diciendo la verdad. Pero Rod ya se había encontrado ante demasiadas falsedades para creer ahora a la primera que se presentase.

La soltó. Sus dedos dejaron de hundirse en aquella carne tentadora.

—Ponte en pie —dijo.

Ella se puso en pie, efectivamente, pero fue para tratar de huir. Rod lo impidió de una manera muy poco elegante.

Nunca había hecho aquello. Pero ahora lo hizo porque pensó que no tenía otra salida para evitar la fuga.

La dejó clavada contra la pared de un guantazo. La chica lanzó un gemido mientras daba una vuelta sobre sí misma.

Rod masculló:

—Y ahora vamos a hablar calmosamente tú y yo, muñeca.

Ella se restañó la sangre de sus labios.

No intentó huir quizá porque sabía que era inútil. Mirando a Rod con los ojos entornados, murmuró finamente:

—Pregunta lo que quieras, hijo de perra.

—El primer lugar quiero saber tu nombre.

—Me llamo Linda Sorensen.

—¿Alemana?

—No. Soy polaca, pero de padres alemanes.

—¿Y qué diablos haces aquí?

—Por si eso te sirve de consuelo y justifica el que me hayas atacado, te diré que soy una sospechosa. Ésa es la verdadera razón de que huyese. He entrado aquí clandestinamente.

—¿Cuál ha sido la razón?

—Necesito encontrar a mi hermana. Tú no puedes saberlo si no perteneces al engranaje de esta casa, pero mi hermana entró aquí hace tres, meses en calidad de paciente. Me escribió al principio, pero desde hace seis semanas no sé nada de ella. Intenté telefonearla y nunca conseguí que me contestase. En vista de ello vine aquí, pero me dijeron que no habría visita hasta el lunes próximo. Entonces me decidí a entrar clandestinamente. No es tan difícil si una tiene buenas piernas. En el primer piso hay una ventana que está relativamente floja.

Rod se retiró unos instantes y dejó de mirarla, quizá para que

ella sintiera más tranquilidad. Tenía la sensación de que Linda Sorensen le estaba diciendo la verdad y de que aquello no era un cuento inventado en el último minuto. Desde unos pasos de distancia oyó que ella continuaba:

—Aún no he podido revisarlo todo, y por lo tanto no sé si ella está o no está aquí. Tú me has interrumpido.

—¿Por qué ingresó aquí tu hermana? ¿Qué clase de gente viene a curarse a este sitio?

—En primer lugar, gente rica. Las facturas que cobran en este establecimiento no son pequeñas.

—¿Qué clase de dolencias se tratan? Quiero decir: ¿hay locos de remate o sólo personas que sufren dolencias nerviosas?

—No, locos no hay ninguno. Ésta es una casa de reposo para mujeres solas que sufren inadaptaciones de cualquier clase. Por ejemplo, alguna chica que ha sido ultrajada y a la que los hombres dan asco. Aquí viven un período de adaptación hasta que se convierten de nuevo en personas sociables, si eso es posible. O mujeres que tienen graves problemas con su familia. Y hay bastantes chicas que sufrieron desengaños sentimentales y todo eso. Mi hermana ingresó por una cosa más sencilla: porque la muerte en accidente del hombre a quien ella quería le produjo una terrible depresión nerviosa.

Las palabras de Linda seguían siendo convincentes y seguras, de modo que no había motivo para pensar que estuviera mintiendo. Al menos Rod Taxon prefirió creer en ella, quizá por esa necesidad que todos sentimos de poner nuestra confianza en alguien.

—Suponiendo que me hayas contado la verdad, la situación es bastante extraña —dijo—. En una clínica de lujo no suelen tener incomunicados a sus clientes. Por lo tanto creo que te voy a ayudar a buscar a tu hermana.

—¿De verdad? No sabes lo que te lo agradezco. Estoy… estoy muy desorientada metida en este sitio del que nada conozco. Pero ahora me doy cuenta de que ni siquiera sé tu nombre.

—Me llamo Rod Taxon. Soy profesor de Historia en una Universidad norteamericana y he venido aquí a preparar un trabajo. Tengo un cierto parentesco con los Olendorf, los que han alquilado a la clínica esta parte del castillo.

—¿Lo conoces?

—No. Es la primera vez que pongo los pies aquí.

—¿Pues cómo has entrado?

—También de una manera ilegal. Vamos.

Y los dos se adentraron en los pasillos de la clínica. Por un momento Rod decidió olvidarse de la persona que le había atacado con un hacha, ya que de momento no tenía la menor posibilidad de saber quién era.

Toda aquella parte de la casa estaba pintada de colores claros y tenía un aspecto confortable y tranquilizador. Un cuidado equipo de hi-fi distribuido por todos los rincones esparcía música sedante. Todas las ventanas, sin embargo, estaban aseguradas y no podían abrirse, de modo que sólo se empleaba para ventilación un escotillón en la parte superior de éstas.

—Quizá lo hacen para que ningún apaciente intente suicidarse —opinó Rod.

—Es posible. Aquí vienen enfermas depresivas que pueden ser peligrosas en los primeros tiempos. Aguarda. Detrás de esa puerta parece que se oyen voces. Tiene que haber alguien.

En efecto, se captaban susurros más allá de la hoja de madera. Rod, para el que ya no valía la pena guardar las apariencias, la empujó de golpe. Vio a una mujer joven, bonita (lo curioso era que no había encontrado una sola mujer fea desde que llegó allí) que estaba sentada en la cama. Había cruzado las piernas en postura de yoga. No llevaba más que un pijama casi transparente y hablaba como una alucinada con los ojos en blanco. Sus palabras, dirigidas a ella misma, eran los susurros que habían oído.

En principio decía algo que no tenía sentido para Rod.

—La he visto… —musitaba—. La he visto…

No parecía haberle extrañado en absoluto que acabasen de entrar dos extraños allí. Diríase que estaba como hipnotizada, como ausente.

—La he visto…

—¿A quién? —preguntó Rod.

—A Gudrun Olendorf.

—¿Quién es Gudrun Olendorf?

La bonita mujer no contestó. Parecía más ausente cada vez, como si le hubieran aplicado un tratamiento calmante de los que

destruyen un poco la personalidad. Sus ojos enormes no miraban a ninguna parte.

Y entonces Rod dedujo que Gudrun no podía ser más que la madre de Gretchen. Al fin y al cabo ella llevaba la dirección técnica de la clínica.

—No es tan extraño que usted la haya visto —dijo—. Debe venir con frecuencia por aquí. Trabaja en esto.

La mujer le miró por primera vez.

—Es que usted no lo sabe —dijo.

—¿No sé? ¿A qué se refiere?

—Ella siempre viene aquí en una silla de ruedas.

—¿Por qué? ¿Es que no puede andar?

—Está enferma.

—Ya sé que está enferma. He hablado con ella hace poco —dijo Rod—. ¿Pero qué hay de anormal en eso?

—Nadie lo sabe. Nadie… excepto yo.

—¿Cuándo ha venido?

—Ella viene siempre de noche.

—¿Y en una silla de ruedas?

—Sí.

—¿Quién empuja esa silla?

—Su hija Gretchen.

—Muy normal, ¿no?

—Nadie… lo sabe.

—¿Qué es lo que nadie sabe?

—Sólo lo he visto yo…

Y la mujer se encerró en un profundo silencio, como si de pronto hubiera caído en una enorme postración. Quedó doblada sobre sí misma en una postura de yoga más severa que la de antes.

El diálogo había sido rápido y algo inconexo, porque de una enferma tampoco se podía obtener más, pero bastó a Rod Taxon para deducir algunas cosas elementales: que Gudrun Olendorf hacía sus visitas a los pacientes por las noches; que viajaba en una silla de ruedas y que la transportaba su hija Gretchen. Nada tan lógico.

Lo único que le inquietaba era aquello que sólo sabía la enferma y nadie más que la enferma.

Ésta bisbiseó al cabo de unos instantes:

—Voy a salir. Quiero explicarle a Davie lo que he visto.

—¿Quién es Davie?

—La compañera que está en el piso de arriba.

—¿Y qué es lo que quiere contarle?

—Lo que he visto.

Parecía que nadie pudiera sacar a la enferma de aquella especie de círculo en que ella misma se había encerrado. La propia Linda Sorensen dijo a Rod mientras le tiraba levemente de la manga:

—Déjelo. Debe estar bajo los efectos de algún medicamento y no razona bien. Será mejor que todo eso se lo preguntes mañana.

—Tienes razón; será lo mejor.

—Mientras tanto buscaremos a mi hermana. O mucho me equivoco o tiene que estar en este mismo pasillo.

Los dos miraron un instante por la ventana para asegurarse de que todo seguía normal allí fuera. Luego giraron para mirar de nuevo hacia el pasillo.

Tuvieron la sorpresa de ver que la mujer que unos segundos antes estaba allí, había desaparecido. Parecía como si de repente se la hubiera tragado la tierra.

CAPÍTULO V

La mujer anduvo a buen paso por aquel pasillo que conocía bien y llegó hasta las viejas escaleras de granito que conducían al piso superior. Allí imperaba una especie de luz irreal, que parecía venir de muy lejos y que lo envolvía todo en una claridad turbia.

Empezó a subir.

Le pareció ver que una sombra se proyectaba arriba, como si alguien estuviera acechando en el piso superior, pero no le extrañó. A veces las propias enfermas miraban a las compañeras que subían. Lo que le extrañó, sin embargo, fue no encontrar a nadie al llegar al último peldaño.

Allí se habían apagado un par de luces.

Todo estaba sumido en una penumbra demasiado discreta, una penumbra que llegaba a hacerse inquietante.

Avanzó.

Y de repente le pareció oír aquel leve crujido a su espalda.

Era un crujido metálico. Un par de muelles se habían tensado y luego habían cedido bajo el peso de alguien. Era lo que podía haber ocurrido, por ejemplo, si… si alguien estuviera en una silla de ruedas.

La enferma volvió la cabeza bruscamente.

Pero no vio a nadie.

Al haberse apagado parte de las luces del pasillo, había zonas en que no se veía a tres pasos. Era muy posible que la silla de ruedas estuviera allí, a media docena de metros, sin que ella la viese. La silla en que había observado algo que los demás no sabían…

Pensó en lo divertido que sería contarlo todo.

Curiosamente no tenía miedo. Sólo pensaba haber descubierto un pequeño secreto que iba a cambiar las cosas allí dentro… De

modo que Gudrun, ¿eh? Gudrun…

Empujó una de las puertas.

Su amiga tenía que estar allí. Últimamente había dicho que quería marcharse y por eso le administraban un tratamiento muy fuerte, que la dejaba sin ganas de moverse. Pero entre las dos trazarían un plan, después de saber ella lo que sabía. Podía emplearlo incluso como un pequeño chantaje. Trazaría un plan para…

Miró hacia el interior con los ojos muy abierto como si fuese una alucinada. Allí no había nadie.

La habitación estaba vacía.

Fue entonces cuando oyó a su espalda el leve chasquido de los muelles otra vez. Cuando se dio cuenta de que tenía detrás la silla de ruedas.

Se volvió bruscamente.

La penumbra que lo llenaba todo apenas permitía distinguir el brillo mate de los cromados, de los muelles. Apenas permitía distinguir las ruedas como si fueran las patas de un gran animal al acecho. Pero sí que permitía distinguir la cara que estaba tras ella, la de la mujer que ocupaba la silla de ruedas.

La enferma musitó, intentando recuperar la serenidad:

—Gudrun…

Y en seguida añadió con una leve sonrisa:

—Pero usted no… no…

La verdad era que no tenía miedo. Sólo sorpresa.

No comprendía cómo la silla de ruedas podía haber llegado hasta allí con tanto silencio. No entendía de ningún modo cómo Gudrun… Gudrun… Gudrun…

El nombre pareció repetirse cien veces en su cerebro. Pareció sonar como una campana insistente. Como una luz roja que se encendiera y apagara en sólo unos segundos.

Y el cuchillo partió como una flecha.

Era un cuchillo largo, de las dimensiones de un machete. Estaba tan afilado como una navaja barbera.

Y se hundió hasta el fondo en el vientre de la mujer.

Volvió a salir.

Se hundió de nuevo.

La tercera vez la hoja de acero se hundió directamente en el

corazón de la víctima. Quedó clavada allí. Sólo entonces la enferma pudo lanzar un gorgoteo espasmódico, algo que no llegó a ser un grito.

Las ruedas de la silla giraron lentamente.

Y la silueta se perdió en la penumbra del pasillo. Pero antes de que desapareciera del todo, ocurrió algo fantasmal, algo que un director de cine especializado en películas de horror quizá no se hubiera atrevido a poner en una cinta.

La mujer avanzó con el cuchillo aún clavado en el corazón. No intentaba arrancárselo porque no tenía fuerzas para eso, pero las piernas aún la sostenían. Avanzó unos pasos como una muerta que acabara de salir de su tumba. De entre sus labios escapaba aquel espantoso gorgoteo.

Y derribó la mesita con el jarro de flores que había en el centro del pasillo. Luego cayó definitivamente. Sus manos arañaron el vacío.

Las ruedas de la silla volvieron a girar. Todo quedó hundido de nuevo en un silencio espeso, agobiante, un silencio que hubiera podido ser cortado con la punta de una navaja.

CAPÍTULO VI

Rod y Linda oyeron desde abajo algo anormal. Habían abierto dos habitaciones más sin encontrar a nadie cuando les pareció captar aquel gorgoteo llegando desde el piso superior. Luego oyeron el ruido sordo de un cuerpo que se desplomaba y el estrépito de un mueble que caía.

—Algo le ha ocurrido, a aquella mujer —dijo Linda Sorensen—. No quiero pensar nada malo, pero juraría que ha tenido un encuentro siniestro.

Rod Taxon, por el contrario, sí que pensaba algo malo. Mientras apretaba los nudillos dijo con decisión:

—Vamos.

Llegaron los dos al piso superior. Lo primero que notó Rod fue que había muy poca luz, lo cual indicaba que alguien había apagado a propósito algunas bombillas. Luego sus ojos escrutaron el fondo del pasillo.

Y distinguió el bulto caído de la mujer. Pero distinguió algo más. El jarro en que estaban las flores, al volcarse, había derramado toda el agua sobre las baldosas. Y al final del pasillo estaban claramente impresas las huellas de unas ruedas que se habían mojado con aquel agua.

Linda dijo casi sin voz:

—Dios santo…

Pero Rod ni tan siquiera la oyó. Sus ojos estaban clavados en la mujer muerta, cuyo pijama de tela liviana se había vuelto completamente rojo. Y estaban clavados también en aquellas marcas que indicaban con meridiana claridad lo que había pasado por allí, una silla de ruedas.

Se volvió poco a poco y fue hacia el interior de la habitación.

Pudo ver que estaba vacía, pero allí había también unas pequeñas manchas de sangre. Sin duda el ataque había tenido lugar allí y luego la muerta había logrado salir hasta el pasillo.

Linda musitó con voz casi inaudible:

—La han asesinado estando de frente… Y ella no gritó antes, sino después… Lo cual indica que la ha asesinado alguien a quien conocía…

—Una deducción perfecta, Linda. Y yo te diré también quién es esa persona a la que ella conocía.

—¿Quién?

—Gudrun Olendorf.

—¿Gudrun Olendorf? ¿La que lleva la dirección técnica de esta clínica?

—Y que además es lejana pariente mía, todo hay que decirlo. Sólo ella necesita desplazarse en un; silla de ruedas a causa de su precaria salud. Y adema esa mujer dijo que la había visto; que venía por la; noches frecuentemente. Sin duda había notado algo que hizo que Gudrun la matase.

—¿Pero… pero por qué?

—Si yo supiera eso tendría mucho adelantado, amiga mía. De todos modos ése es un punto que ya averiguaremos. Lo importante es llegar a saber que Gudrun es la que ha cometido todos estos crímenes.

—¿Qué… qué vas a hacer?

—Declararlo cuando venga la policía de Nuremberg. No tengo otro remedio.

—¿Está avisada ya?

—Por supuesto. Tiene que llegar dentro de dos horas como máximo.

Y añadió roncamente:

—Lo que no puedo soportar es la idea de que Gudrun vaya a la cárcel para toda su vida, ya que en Alemania Occidental no existe la pena de muerte. Tiene que tratarse de una enferma, que obra por un motivo que ella cree respetable y poderoso. Pienso que es justo que le permita darme una explicación antes de que la policía llegue.

Y fue a alejarse de allí, pero Linda le detuvo temblorosamente.

—Rod… Después de ver esto pienso que… Pienso que mi hermana también puede haber muerto… del mismo horrible modo.

—No tenemos ninguna prueba de que eso haya ocurrido así, Linda. Y no lo digo por animarte, sino porque es muy posible que no haya muerto nadie más. De todos modos pronto lo averiguaremos, apenas llegue la policía de Nuremberg.

Y se dirigió hacia las escaleras.

Linda temblaba como una niña.

—Por favor, no me dejes sola…

—Nadie ha pensado en dejarte; de momento lo que tienes que hacer es encerrarte en una habitación que sea segura mientras yo hablo con Gudrun.

—No hay habitaciones seguras aquí…

—Pues tendremos que encontrarla. Acompáñame.

Ella le siguió hasta la planta baja. Pese al relativo ruido que se había escuchado, ninguna puerta estaba abierta, lo cual indicaba quizá que había muy pocas mujeres en la clínica o que se hallaban encerradas. Pero ése era un punto que ahora no podía averiguar Rod Taxon.

Vieron a la muchacha atada y amordazada en el vestíbulo. Había recobrado el conocimiento y trataba de arrastrarse hacia la puerta, por lo que Rod hizo algo más: valiéndose de su propio cinturón, le sujetó uno de los tobillos a un pesado mueble. Así podía estar seguro de que no se movería más.

La preciosa muchacha le miraba con ojos desencajados, pero no podía hablar y ni siquiera gemir. En cuanto a Linda Sorensen, no se atrevía a decir una sola palabra.

Pero al final murmuró cuando ya Rod iba a abrir la puerta:

—Quizá será mejor que me quede vigilando aquí. Puede que alguien trate de huir por este lado.

—Creí que tenías miedo, Linda.

—Claro que lo tengo, pero estando la puerta abierta es distinto. Al menor signo de alarma, puedo salir y gritar.

—Está bien; no es mala idea que alguien controle también este edificio. Yo vendré a buscarte dentro de unos diez minutos.

—De acuerdo, Rod.

Él dijo suavemente:

—Buena chica.

No cabía duda de que Linda Sorensen tenía valor. No era lo mismo quedarse allí que fuera. El joven atravesó a paso rápido la

zona despejada que quedaba entre las dos alas del castillo y de pronto se detuvo, mientras un ronco gruñido partía de su garganta.

Porque acababa de ver la muerte sobre él.

Porque venía lanzada desde las sombras, como una alucinación, a más de cien kilómetros por hora.

CAPÍTULO VII

El coche venía lanzado.

Las luces largas le envolvieron, dejándole ciego por unos momentos.

El conductor dio gas.

Iba a aplastarle materialmente contra la pared del castillo.

Todo fue como una pesadilla, una visión instantánea que se extinguió apenas nacer. Rod tenía que haber muerto aplastado sin apenas darse cuenta.

Pero logró saltar con la agilidad de un gamo hacia un costado de la pared. El morro del coche se empotró contra ésta.

Gracias a que era un «Mercedes» con una chapa de primera clase, no quedó destrozado, pero parte del capó quedó convertido en chatarra. El conductor salió despedido hacia adelante y el cinturón de seguridad le volvió a su posición. Claro que de no ser por el apoyanucas del asiento se hubiera roto el cuello al volverle bruscamente la cabeza hacia atrás. Tuvo la sensación de que perdía el mundo de vista por unos instantes y en seguida se rehízo.

El conductor pensó que había atrapado a Rod y lo tenía materialmente bajo las ruedas. Por eso metió la marcha atrás, retrocedió unos cinco metros y se lana de nuevo contra la pared.

Quería destrozar con las ruedas el cuerpo al que había arrollado.

Pero las ruedas no pasaron por encima de nada y el capó acabó de quedar destrozado contra la pared. El hombre que estaba tras el volante lanzó una maldición sin comprender qué había ocurrido.

Claro que empezó a comprenderlo en seguida.

La puerta se abrió de golpe.

Dos manos de hierro lo sacaron de allí. Rod Taxor vio que se trataba de un tipo joven como él, aunque no tan fuerte, con pinta de

play-boy de portada. Iba vestido de una forma refinada, extremada, casi femenina. Al ver vivo y ante él al tipo al que había pensado matar, lanzó un grito de sorpresa.

Duró poco.

Porque inmediatamente sonó un grito de dolor.

Rod lo había proyectado con un guantazo contra el capó del «Mercedes». Una vez allí lo sujetó brutal mente por las solapas de su bien cortada americana de terciopelo.

Y le golpeó brutalmente la cabeza contra la sólida plancha del coche. Quizá hubiera acabado destrozándole la tapa de los sesos, porque los golpes hicieron retemblar el «Mercedes» entero. Pero en ese instante ocurrió algo que Rod no esperaba y que cambió por completo la escena.

Simplemente intervino una muchacha.

Esa muchacha era Gretchen.

Con una fuerza que Rod Taxon no esperaba, su prima se abalanzó sobre él y forcejeó para que dejase libre al desconocido. Parecía dominada por una fuerza que no podía dominar, por un ansia superior a ella. Pese a que la fuerza que la muchacha hacía no era suficiente para obligarle a desistir de su ataque, Rod Taxon quedó tan asombrado por aquella inesperada intervención que soltó a su enemigo.

Y entonces ocurrió algo más inesperado aún.

La muchacha se acercó al hombre que estaba derrumbado sobre el capó.

Le ayudó a incorporarse.

Le acarició los cabellos.

Y le besó febrilmente en la boca.

* * *

No es que Rod Taxon se hubiera hecho ilusiones con su primita, y además no estaba el asunto ahora para pensar en labios ni en piernas de mujer. Sin embargo le dolió que ella besase a aquel tipo. Le pareció… ¿cómo explicarlo…? Una competencia desleal… Sobre todo por la intensidad casi febril de aquel beso dado a un tipo que al fin y al cabo había tratado de matarle.

Fue justamente ese pensamiento el que le hizo perder la paciencia. Volvió a sujetar por las solapas a aquel tipo después de

apartar a Gretchen.

Y el gancho que le clavó en la mandíbula lo envió al otro lado del «Mercedes». No en vano Rod había sido campeón universitario de boxeo hasta poco tiempo antes. Vio las piernas de su enemigo que daba casi una vuelta de campana en el aire.

Gretchen dijo con voz ronca:

—¡Salvaje!

—Conque salvaje, ¿eh? ¿Y entonces qué le vas a llamar a él? ¿Angelito?

—¡Es Adolf!

—¿Y a mí qué me importa Adolf?

—¡Es el hombre que va a casarse conmigo!

—¿Y antes de casarse contigo se va a divertir matando a todos los hombres que vea en esta casa?

El dueño del «Mercedes» se puso en pie. De pronto parecía distinto; estaba como avergonzado, como aterrado. Miró a Rod igual que si no lo creyese.

—Usted no es el que yo pensaba —dijo.

—¿Por quién diablos me había tomado?

—Por el fulano que la semana pasada molestó a Gretchen —dijo con dificultad, mientras intentaba encajar uno de sus dientes.

—¿Qué fulano?

—Un medio vagabundo que está empeñado en conseguir algo de mí —contestó directamente ella—. Había merodeado por Olendorf últimamente.

—¿Y a todos los vagabundos que encuentra los aplasta nada menos que con un «Mercedes», so hijo de perra?

—Por favor, Rod… No le llames eso. Es el principal propietario de la comarca. Se llama Adolf Zuster.

Rod conocía a través de los libros los principales apellidos de la región, de modo que el de Zuster le sonó en seguida. Y si no estaba muy equivocado era, en efecto, el principal propietario de aquel sector. Sus antepasados habían poseído tierras, pequeños ejércitos privados y distinguidas baronías ya en el siglo XVII, Ahora los Zuster seguían poseyendo tierras, títulos y un pequeño ejército, pero de obreros. Su fortuna, que llegaba a ser muy importante, procedía de la explotación de varias fábricas.

—Vaya… —dijo burlonamente él—. Es un buen partido.

—Por favor, no te burles, Rod.

—¿Vais a casaros?

—Somos prometidos.

Por el levísimo gesto un poco desdeñoso que hizo él, y que Gretchen no captó1, Rod se dio cuenta, de que aquel tipo no tenía la menor prisa en casarse. Seguramente lo acabaría haciendo, porque las viejas familias de la zona de Olendorf seguían siendo muy convencionales y no se permitían traicionar en aquellos aspectos la palabra dada. Pero un *play*-boy con dinero es un *play*-boy con dinero, y si podía esperar cuatro años a casarse no esperaría tres.

El millonario tendió los brazos entonces con un gesto implorante, un gesto de hijo de papá que se siente desamparado bruscamente. Su voz sonó casi plañidera mientras decía:

—Por favor… Esto sería un escándalo si usted lo contase… Le ruego que lo comprenda. Yo trataba de defender a Gretchen.

—¿Matando?

—Mi intención era sólo dar un escarmiento a ése tipo.

—Su intención fue demostrar que usted es aquí el verdadero amo, el verdadero señorito, como en los buenos tiempos de la Edad Media —masculló Rod—. Seguramente que en otro tiempo sus antepasados echaban los mastines encima de cualquier tipo molesto que se cruzara en su camino, y usted ha echado encima su «Mercedes» último modelo. Podría denunciarle por intento de homicidio, pero no tema porque no voy a hacerlo. Tengo cosas más importantes en qué pensar. Llévese a Gretchen, ya que ella es lo bastante idiota para querer a un fulano como usted, y mánchela con su baba si ella se deja. Pero oiga una sola cosa, bastardo: procure que no le vea más. Retire toda esa chatarra de la casa y lárguese. No sé cuántos dientes ha perdido, pero si sigue un minuto más aquí va a perder toda la boca.

Adolf Zuster se dio cuenta de que aquel tipo no hablaba en broma. Y, por si lo dudaba, allí estaba el dolor terrible del último gancho que acababa de propinarle. No convenía buscar bromas con él.

—De acuerdo —dijo—. Me… me iré.

Gretchen se asió a él casi febrilmente. A Rod le sorprendió que una chica como ella, que por otra parte parecía muy sensata,

pudiera necesitar tanto a un buitre como aquél, aunque estuviera forrado de marcos recién impresos por el Reichsbank.

Claro que debía estar enamorada hasta la médula Y contra eso no se puede luchar.

Rod chascó dos dedos.

—Voy a ver a tu madre —dijo.

Ella soltó bruscamente a Adolf.

Parecía asustada.

—Sabes que está enferma —dijo—. No se la puede molestar.

—Pues hace poco no parecía tan enferma.

—¿Qué quieres decir?

—No necesito decírtelo delante de ese tipo. Yo si lo que tengo que hacer.

Y atravesó la puerta de la residencia familiar, que estaba abierta. En contra de lo que esperaba, Gretchen pareció olvidarse por completo de su prometido. Le siguió agitadamente al interior del castillo.

—Rod —gimió.

—¿Qué pasa?

—No entiendo lo que has dicho de mamá.

—Ella cuida técnicamente de las enfermas de ahí al lado. No sabía que tu madre fuera licenciada en Medicina.

—No recuerdo si te dije que lo era. Me parece que sí te lo dije. Y es una figura prestigiosa. Nunca he ocultado que tiene ése trabajó, sino al contrario; es un motivo de orgullo para ella.

—Hasta aquí muy bien. Pero visita esa clínica contigua de vez en cuando.

—Nada tan natural, ¿verdad?

—No me parece tan natural que lo haga de noche. Por la noche es cuando las enfermas están más calmadas y se les puede hacer el test individual para ver cómo han progresado. Yo no entiendo mucho de eso, pero sé que las cosas marchan así. Y no sé qué tiene de extraño el que mi madre se dedique a esas actividades que la honran.

—Pero ahora está enferma, ¿no?

—Claro que sí.

—Necesita una silla de ruedas para desplazarse…

—Bueno… La verdad es que se siente débil.

—Tú se la empujas.
—Es mi deber, ¿no?
—Pero hay momentos en que no te necesita para nada. En que se las apaña muy bien ella sola. ¡Por ejemplo hoy! ¡Hoy ha tratado de esquivarte para pasar ahí al lado sin que nadie lo supiese!
Gretchen había palidecido mortalmente.
Estaban los dos subiendo las escaleras mientras hablaban con agitación. Pero de pronto ella se interpuso en su camino.
Le detuvo con las manos en el pecho.
—Rod —gimió—, ¿qué quieres decir?
—Que ahí al lado se ha cometido otro crimen Uno por lo menos. Y me jugaría las dos manos a que tu madre sabe de eso más de lo que cuenta.
—¡Tú estás loco, Rod!
—Pues si estoy loco me encuentro en el sitio ideal para curarme: en una clínica donde me acabarán arrancando la piel, de modo que mi enfermedad muy pronto carecerá de importancia. Y ahora basta de perder el tiempo. Es ella la que me tiene que explicar todo eso.
Y fue a empujar bruscamente la puerta de la habitación de Gudrun. Pero Gretchen se interpuso otra vez en su camino enérgicamente.
Daba la sensación de estar auténticamente desesperada.
—Por favor —gimió—, no entres así Puedes darle un sobresalto que acabe con ella.
—Ah… ¡Pues qué bien!
—No pretendo impedir que hables con ella, pero al menos deja que llamemos.
—No tengo inconveniente. Tampoco he perdido la poca educación que me enseñaron.
Y permitió que ella golpeara suavemente con los nudillos en la puerta. La voz pausada y tranquila dijo entonces:
—Adelante.
Era curiosa la calma, la serenidad con que hablaba una mujer que sin duda acababa de cometer un crimen. Como si no hubiera pasado nada.
Rod empujó la puerta. Y vio a la mujer no en la mecedora de antes, sino en la silla de ruedas. Era toda una prueba.
Pero no sólo se trataba de eso.

Pese a la luz muy incierta que imperaba allí, se dio cuenta de que las gomas de las ruedas estaban húmedas en los bordes a causa de las salpicaduras del agua del jarrón. Toda la parte que tocaba el suelo se había ido secando, pero la que no sufría roce alguno había conservado el leve oscurecimiento causado por el agua. Quizá otro hombre no hubiera notado un detalle así, pero Rod sabía qué era lo que tenía que buscar y además gozaba de una vista de lince.

De una forma confusa, sin mirarle, la mujer preguntó bruscamente:

—¿Qué ha venido a hacer aquí?

—Necesito hablar con usted.

—¿De qué?

—De algunos divertidos crímenes.

—Está usted loco…

—Eso es lo que me ha dicho su distinguida hija, pero pronto veremos quién diablos lo está más.

Y avanzó hacia la silla de ruedas.

Hubiera cruzado en dos saltos la habitación de no ser otra vez por Gretchen, quien le detuvo con una fuerza que parecía increíble en una muchacha tan bonita como ella. Pero no fue la fuerza física lo que detuvo en seco a Rod, sino una fuerza moral. Si se detuvo fue al darse cuenta de la auténtica desesperación que dominaba a la muchacha, una desesperación que él no podía menospreciar. De repente se sintió incapaz de hacer algo que tanto asustaba a Gretchen.

Ella musitó:

—Por favor…

—¿Qué intentas que haga entonces? ¿Que la felicite?

—Ella está enferma. Deja que venga la policía… Ellos tendrán mucho más tacto que tú.

—Ellos no saben lo que yo sé.

—De acuerdo, pero tendrás tiempo para todo. ¿Qué crees? ¿Que se va a escapar?

Rod negó con la cabeza.

No, no era fácil que escapase. Y quizá tenía razón Gretchen al decir que estaba enferma, muy enferma. Había algo en aquella mujer que no le gustaba. Daba la sensación de una auténtica ruina física que va a descomponerse de un momento a otro, pese a que el

color de su cara, no era malo. No se sabía en qué consistía, pero aquella sensación era casi angustiosa. Muchas personas que están muy enfermas, muy graves, inspiran una sensación de esa clase.

Y Rod Taxon no era una bestia. No quería castigar innecesariamente a una mujer que podía derrumbarse.

Lo único que preguntó fue mirando a la vieja:

—¡Diga algo! ¿Por qué no contesta?

Pero ella no despegó los labios. Parecía completamente ajena a lo que se hablaba allí, como si no le importara en absoluto. Ése también podía ser un síntoma de enfermedad muy grave: las ausencias del paciente, que no se da cuenta de lo que pasa en torno suyo. Y, si se da cuenta, nota que no le importa nada, como si no fuese con ella.

Rod dijo bruscamente:

—¡Al diablo!

Ya llegaría la policía y entonces lo aclararían todo. Eso era lo mejor. Por lo tanto dio media vuelta y salió de allí.

Gretchen le siguió como una sombra.

Cerraron aquella puerta igual que el que cierra una losa funeraria.

Capítulo VIII

Mientras avanzaba de nuevo hacia la salida del castillo de los Olendorf, esta vez sin ser seguido por Gretchen ni por nadie, Rod consultó su reloj y se dio cuenta de que había pasado el tiempo con una rapidez increíble. La policía de Nuremberg ya tenía que estar allí. Disponiendo incluso de helicópteros, era más que extraño que no hubiese llegado de una maldita vez.

Lanzó un gruñido.

Bueno, no había por qué extrañarse tanto. Eso ocurre con todas las policías del mundo. Los de la bofia se te aparecen debajo de la cama cuando te acuestas con tu vecina, pero en cambio nunca llegan a tiempo cuando te persiguen cuatro tíos con cuatro hachas.

Vio que Adolf ya se había llevado el «Mercedes» de allí. Después de los dos trompazos tremendos que él mismo le había pegado contra el muro, el motor del magnífico coche aún funcionaba. Todo estaba tranquilo como si jamás hubiera pasado nada anormal en los dominios de los Olendorf.

Rod Taxon fue hacia el sector contiguo, hacia el ocupado por la clínica mental. No podía consentir que Linda Sorensen estuviera allí sola tanto tiempo. Le parecía demasiado peligroso para la muchacha.

Pero no había ocurrido nada, al menos de momento. Ella salió a su encuentro al verle.

—Rod…

Parecía infinitamente aliviada al tener al fin la compañía de alguien.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó él.

—No, nada.

—¿No ha habido la menor cosa anormal?

—Ninguna. Incluso esa mujer que tú has atado se comporta bien. Da la sensación de que sabe que no puede huir y ya no lo intenta.

—Mejor, porque lamentaría tener que partirle la boca otra vez. Lo malo es que no llega la policía. Estamos perdiendo un tiempo precioso.

—¿Y el agente de Olendorf?

—¿Ése? ¡Cualquiera sabe dónde para!

—Realmente no se puede decir que contemos con demasiada ayuda… Pero, en fin, hemos hecho todo lo que se podía hacer y no queda más remedio que esperar. ¿Has hablado con la que dirige todo esto?

—A medias.

—¿Qué quiere decir «a medias»?

—No cabe duda de que está muy enferma. En eso no me ha engañado Gretchen. Yo iba muy excitado y dispuesto a interrogarle, pero bruscamente me he dado cuenta de que un sobresalto puede acabar con ella. No es broma. Esa mujer tiene un aspecto que cualquiera diría que está al borde del síncope, aunque trata de disimularlo. Incluso yo diría que se pinta un poco para fingir una salud que no tiene.

—¿Con qué objeto?

—Posiblemente con el objeto de que la gente la tema y no se le escapen las cosas de las manos. Pero ése es un asunto que no puedo resolver yo, y menos no siendo médico. Que cargue la policía con la responsabilidad.

—Eres un hombre bastante considerado, Rod.

—Soy un hombre que se ha visto metido en un lío de calibre y no sabe cómo salir de él. Por eso deseo tanto que venga la gente de Nuremberg. Pero mientras tanto no vamos a estar aquí. Cierra la puerta de la clínica y entremos en la casa de los Olendorf. Quiero tener la seguridad de que no se mueve nadie.

Venciendo el inicial escrúpulo de la muchacha, que no se atrevía a penetrar en aquel ambiente, Rod la acompañó hasta el interior del vestíbulo. No se veía a nadie por allí, como si a todos los habitantes de la casa se los hubiera tragado la tierra.

Giró hacia la derecha y atravesó una enorme puerta de roble de doble hoja, encontrándose en la biblioteca. Todo allí era

desmesurado, enorme, como en casi todas las viejas mansiones germánicas. Miles y miles de libros se alineaban a lo largo de estanterías algo descuidadas, donde comenzaba a aposentarse el polvo. Toda la historia de la Alemania medieval estaba allí, y en especial la historia de los Olendorf y de las grandes familias que habían dominado aquella tierra.

El ambiente en que ahora se encontraba Rod Taxon tuvo la virtud de hacerle recordar que había venido allí para un trabajo científico. Todos los crímenes, todos los horrores que había presenciado se evaporaron de su mente. Comprendió que sería capaz de absorberse en aquel trabajo y olvidarse de las pesadillas. No podía negarse que era una suerte inmensa.

Tomó asiento ante una de las dos mesas que ocupaban el centro de la gran sala, y la muchacha le imitó, puesto que no tenían más remedio que esperar, aquél era el mejor sitio de la casa donde podían encontrarse.

Rod murmuró:

—Trato de escribir una historia completa de los Olendorf. Por eso he venido aquí. Creo que una historia de esa clase tendrá interés para mucha gente.

—Hum… Permite que lo dude.

—¿Por qué?

—Las historias de las viejas familias son un rollo. En especial de las viejas familias alemanas. Un cabeza cuadrada tiene, un hijo cabeza cuadrada, luego un nieto cabeza cuadrada y así hasta que el lector se va quedando dormido y termina arrojando el libró a la chimenea. Para llevarse la sorpresa de que ni para combustible sirve, porque está encuadernado con acero de la Casa Krupp.

—Con muchas, historias de las viejas familias alemanas sí que ha pasado eso —reconoció Rod—. ¡Si lo sabré yo! Pero este caso es distinto.

—¿Por qué?

—Se trata de una historia de misterio. Y de muerte.

Ella le miró con súbito interés.

—¿Quieres decir que lo que está pasando hoy —susurró—… no es tan extraño, después de todo?

—Sí que lo es. Me refiero a otras cosas.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Algo que les pasaba a los viejos barones Olendorf y que nunca he podido averiguar de qué se trataba.

—Pero tendrás algún indicio…

—Sí, claro. Por ejemplo la noticia de dos chicas que se suicidaron en dos siglos distintos cuando iban a casarse con dos miembros de la familia. La misma historia repetida con una diferencia de cien años. Dos chicas que en apariencia lo iban a tener todo, porque los Olendorf eran ricos y poderosos, y de repente deciden quitarse la vida. ¿Por qué?

Linda había palidecido.

Musitó:

—No seré yo quien pueda decírtelo, Rod. ¿Yo qué sé?

—Y eso que eran chicas del estado llano, chicas que hubieran podido dar saltos de contento con su suerte, teniendo en cuenta la época en que vivían. Y es curioso también en que los Olendorf no fueran mala gente, después de todo. Es decir, aquellas dos muchachas no tenían motivos para temer malos tratos o ser víctimas de vicios inconfesables. Pero la historia se repite también al revés con una de las mujeres de la familia.

Linda Sorensen, que seguía estando muy pálida, le miraba con creciente interés, un poco inclinada sobre la mesa.

—¿Qué mujer? —farfulló.

—Una llamada Cristina Olendorf y que vivió, si no recuerdo mal, en la época de Federico de Prusia. Se pegó un tiro sin que se supiera por qué. Pero aquí no acaban las siniestras coincidencias.

—¿Hay más?

—Claro.

—Pues… pues no veo la razón.

—Tampoco la veo yo, y por eso he venido aquí a fin de averiguarlo —dijo él—. Aún queda un último detalle.

—¿Qué último detalle?

—Dos chicas más de la familia que no se casaron y que murieron en un convento. Ya sé que me dirás que eso era normal entonces. Pero ya no parece tan normal si se tiene en cuenta que los Olendorf eran protestantes y las dos mujeres a que me refiero ingresaron en un convento católico.

—Sí… ¡Sí que es extraño!

—Por fin están las leyendas sobre este castillo. Apariciones y

demás. Viejos rumores que hablan de alguna que otra mujer que merodeaba por aquí… y que apareció muerta a la mañana siguiente. Se dice que muerta a causa del miedo.

Un estremecimiento total recorrió el cuerpo de Linda Sorensen. De pronto aquel silencio de la biblioteca le parecía inquietante; aquella tranquilidad que tanto le había gustado le parecía siniestra; aquella voz de Rod que tanto le había calmado le parecía una secreta amenaza.

—Bueno… No me dirás que en esa familia había vampiros —murmuró.

—No, no se han dado casos de vampirismo.

—Pues… ¿de qué?

—Simplemente de lo que te digo: de suicidios increíbles, de encierros inexplicables y de alguna que otra muerte causada por el miedo. Todo eso forma un puzle lo bastante espeso para que me haya sentido tentado a investigar, sobre todo tratándose de una rama de mi propia familia. Y la Universidad que editará el libro piensa que puede ser una magnífica historia y un gran éxito.

Se puso en pie y se acercó a una de las grandes estanterías. Todo estaba muy bien ordenado allí, con esa precisión de las bibliotecas alemanas. No costaba apenas esfuerzo encontrar el sitio donde estaba lo que uno andaba buscando.

Rod dijo:

—Me parece que he tenido suerte.

—¿En qué?

—¿Ves este volumen?

—Sí, claro. El encuadernado en piel verde.

—Pues no esperaba poder encontrarlo tan pronto. Por lo que veo en el título, contiene reproducciones de todos los retratos que se hicieron a los Olendorf desde el principio de la familia. Voy a poder ver las caras que tenían los barones cuyas novias se suicidaron. Y la baronesa que también se mató. Y encontrar quizá algún indicio de por qué daban tanto miedo.

—¿Tú crees que… daban miedo?

—Bueno, exactamente no lo sé.

—¿Y qué puedes deducir de unas reproducciones de pinturas de hace trescientos años?

—Mucho. Una de las cosas que enseño en la Universidad es la

psicología a través de la imagen. Si el pintor es un poco bueno, ha captado el carácter de la persona retratada con una perfección que a veces resulta asombrosa. Hay algunos tipos perfectos en esto, como los españoles de la escuela de Velázquez. Y no hablemos ya de aquel tipo extraordinario llamado Goya. En cambio no se puede uno fiar de algunos norteamericanos. El que pintó a George Washington, por ejemplo, en el famoso retrato que reproducen todos los billetes de un dólar, le sacó unas mejillas hinchadas y una cara que nunca fue la suya. La explicación fue que George Washington llevaba una dentadura postiza terrible, que le deformaba la boca, y el pintor hizo que se pusiera algodón a ambos lados de las piezas. En fin, espero que con los Olendorf que están retratados aquí no haya ocurrido una cosa semejante.

Y abrió el librote.

Sabía en qué épocas tenía que buscar.

Pasó varias hojas.

Y palideció un poco.

Volvió a pasar.

Palideció algo más.

Revisó a fondo el libro.

Sus dedos temblaban excitados.

Linda musitó:

—¿Pero qué te pasa?

El dejó aquel libro con gestos cansados, como si de pronto pesara demasiado para sus solas fuerzas.

—Algo increíble —dijo.

—¿Qué?

—Los retratos de todos esos personajes que te he estado mencionando no están en el libro.

Ella palideció también.

—¿Por qué no están? ¿No los retrataron?

—Claro que los retrataron. Tenían que estar ahí. Lo que pasa es que alguien ha arrancado las hojas.

—Pero… ¿pero por qué?

—No lo sé, Linda, no tiene ningún sentido, pero el caso es que lo han hecho, hace relativamente poco. El papel, en el sito en que la hoja fue arrancada, aún no ha tenido tiempo de oscurecerse a causa de la humedad.

Linda Sorensen se puso en pie como si de pronto deseara salir corriendo de allí. Sus párpados temblaban. Miró a Rod con la expresión de una alucinada que va a ponerse a chillar de un momento a otro.

Ella misma no comprendía el porqué de aquella tensión, porque la verdad era que ningún peligro parecía acecharla. Pero se le hacía tan insoportable que hasta las rodillas le parecían fallar.

—Rod —dijo—. Tengo miedo.

—¿Por ti?

—Y por mi hermana.

—Tu hermana aparecerá en cuanto llegue la policía. Lo registraremos todo, hasta el último rincón. Pero por el momento creo que debemos conservar la calma si no queremos ser las víctimas nosotros.

—¿Nosotros? ¿Por qué?

Él se encogió de hombros suavemente.

—No podría decírtelo en este momento, pero sin duda es algo que yo mismo no comprendo. De lo contrario no hubieran tratado de matarme unos minutos antes de que te conociera a ti. Y puede que lo intente: de nuevo.

Ella musitó con voz casi inaudible:

—Rod…

Y se acercó a él.

Parecía hipnotizada.

A veces el miedo une tanto a dos seres como el amor. Dio la sensación de que ella buscaba sus brazos.

Y fue entonces cuando oyeron aquel leve carraspeo junto a la puerta.

CAPÍTULO IX

No estaban abrazados, pero se volvieron a un tiempo lo dos como si hubieran sido pillados en falta. Normalmente aquello no hubiera tenido demasiada importancia en otro sitio, pero aquí todo parecía extraño y distinto.

Al volverse, se encontraron con la cara de Gretchen.

Ella pareció un poco contrariada al verlos allí —sobre todo al ver a aquella desconocida— pero dijo educadamente:

—Te buscaba, Rod.

—Pues celebro que me hayas encontrado, porque me gustaría hablar contigo. Por cierto, te presento a la señorita Linda Sorensen.

—Perdón, pero no creo haberla invitado a mi casa. ¿Qué hace aquí?

—La he encontrado en la clínica contigua. Su hermana es una de las pacientes y ella tiene un lógico interés en encontrarla. Linda, ésta es mi prima Gretchen Olendorf.

Las dos mujeres se estrecharon las manos, aunque un tanto fríamente. Luego Gretchen dijo con voz ahogada:

—Rod, siento mucho lo que ha pasado con Adolf.

—Un poco especial ese chico, ¿no?

—Bueno. En realidad él es muy orgulloso.

—Un poco más que orgulloso, diría yo. Si aplasta con su «Mercedes» a todos los hombres que no le gustan, estamos aviados.

—Es que últimamente ha habido bastante gentuza por aquí… Y él y su familia son gente acostumbrada a imponer su voluntad. Adolf es de los que creen en los «Herren», en la raza de los señores por naturaleza que son superiores a los demás mortales. Yo… yo no es que tenga sus mismas ideas, pero le quiero. Y debo confesarte que es un magnífico partido para mí. Pocas personas tienen tanto

dinero como él en Alemania.

—Sí… Ya recuerdo haberle visto en algunas revistas pasándolo en grande. Montecarlo, Saint Moritz, los crapulosos hoteles del Líbano… Es un *play*-boy de magnífica marca, y en lo único que tienes razón es en eso de que el dinero le sobra. Pero no hay motivo para que vayas detrás de él. Tú no eres una cualquiera. Eres una Olendorf.

—Bueno, en los apellidos yo ya no creo demasiado —confesó Gretchen—. Ya ha pasado la época de los blasones.

—¿Crees en el dinero?

—¿Y por qué no? El dinero es una cosa concreta, tajante y a la que se da valor en todas partes. Y no creas que los Olendorf estamos ya demasiado boyantes, Rod. Esta magnífica residencia no trae más que gastos y deudas. Te juro que sostener el rango de un gran nombre sin tener dinero para ello, es una de las cosas más amargas que existen. Si no fuera por Adolf, ya no me invitarían a ninguna recepción y a ninguna fiesta.

La bonita muchacha había hablado con sinceridad. Estaba claro que no mentía. Y a Rod Taxon casi le dio pena porque se dio cuenta de lo que una boda de gran tono significaba para ella: volver a estar en lo más alto de la sociedad, volver a lucir un insigne apellido que durante años y años había ido desmereciendo a causa de la disimulada pobreza. Ella decía que la época de los blasones había pasado, pero en la rica y capitalista Alemania Federal eso no era cierto del todo. Si uno tenía un ilustre apellido y encima dinero para lucirlo, estaba en la cumbre. Y a esa cumbre debía aspirar Gretchen mediante su boda con un tipo como Adolf.

Rod le acarició la mejilla suavemente. Le pareció de pronto que aquella muchacha estaba desvalida. En el fondo le dio un poco de pena.

—No volveré a estorbar —dijo—. En realidad nada hubiera ocurrido si él no llega a tratar de matarme.

Y ahora dime quién diablos suele entrar en esta biblioteca.

—Te pido que nos perdones a los dos, Rod.

—No te preocupes; el asunto está olvidado. Pero ahora quiero que me digas quién diablos suele entrar en esta biblioteca.

—¿Por qué?

—Han desaparecido unas láminas de un libro.

—¿Tan importante son?

—Para mí podrían serlo.

—En la biblioteca entro prácticamente yo sola, Rod. Pero cualquiera que tuviese mucho interés podría hacerlo también, ¿comprendes?

—Claro que lo comprendo. ¿Pero cómo diablos no llega la policía de Nuremberg?

—Debe estar al caer. Este sitio está bastante más apartado de lo que parece.

—De acuerdo, pero mientras llegan habrá que tomar algunas precauciones. Lo primero que debemos entender todos es que un asesino anda suelto por aquí, Gretchen. Por lo tanto enciérrate en tu habitación y no salgas de ella para nada.

—Lo haré, Rod, aunque…

—Sí, ya comprendo que te fastidiará convertirte en prisionera en tu propia casa, pero no queda otro remedio. Yo haré mientras tanto una investigación ahí al lado. Hay una serie de cosas que no entiendo. Ah…

Y voy a cerrar con llave la puerta de la habitación de tu madre. No te sepa mal, pero creo que es indispensable.

—No te preocupes. He cerrado yo… por… por si acaso. Toma la llave.

—Gracias, Gretchen.

Rod no pensó hasta algo más tarde que la vieja podía tener un duplicado. No lo pensó hasta que ya estaba casi en la clínica mental en compañía de Linda Sorensen.

Todo aquello le causaba un secreto estremecimiento, pero no quería pensarlo. No quería tampoco convertirse en héroe a la fuerza. Su único deseo era que llegara la policía de Nuremberg para quedar al margen y poder terminar aquella pesadilla de una vez.

Pero mientras estuviera metido en el lío tenía que actuar. Por eso entró de nuevo en la clínica mental, donde seguía imperando el más absoluto silencio.

Linda dijo:

—No lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Las mujeres que están siendo atendidas aquí, entre ellas mi hermana, no deben tener ninguna sensación de peligro, porque de

lo contrario hubiesen huido. Durante mucho rato no las ha vigilado nadie.

—Tal vez no lo sepan.

—Claro que sí. Cuando una mujer está en un sitio en contra de su voluntad, se entera muy bien de si la vigilan o no.

La muchacha a la que antes ató Rod seguía inmovilizada y no había podido hacer nada para librarse. Todo lo demás parecía en orden.

Los dos fueron ahora en otra dirección. Se encaminaron hacia los sótanos que había en el edificio.

Una puerta claveteada, enorme, les salió al paso, Rod la tanteó y se dio cuenta de que no habría modo de derribarla, porque en la Edad Media las puertas se hacían para que uno no las pudiera volcar ni con una catapulta. En cuanto a la cerradura, era sólida y no se podía hacer nada si no se contaba con la llave.

Rod gruñó:

—¡Maldita sea…!

—¿Crees que hay algo importante ahí?

—Estoy seguro. Tengo la sensación de que es el sitio mejor cerrado de toda la casa.

—Pues no sé cómo vamos a poder entrar. Esa puerta me parece infranqueable…

—Habré de intentar algo, aunque no se me ocurre qué diablos puedo hacer.

En ese momento una voz dijo quedamente a su espalda:

—Yo les ayudaré.

Los dos se volvieron a la vez. La muchacha que apareció ante sus ojos era también, como las otras, joven y bonita. Llevaba ropas cómodas y ligeras, como de estar por casa. Unos pantalones bastante ajustados, un jersey liviano y unas botas de caña muy corta. Sus ojos grandes y asustados no ocultaban el miedo que sentía. Su mano derecha tembló un momento al tenderse hacia ellos.

—Yo les ayudaré —repitió.

—¿Quién es usted? —preguntó Rod.

—Me llamo Silvana. Estoy aquí como enferma desde hace tiempo.

—¿Y por qué quiere ayudarnos?

—Porque sé que ustedes están realizando una investigación. Y han ocurrido aquí cosas muy extrañas desde que yo llegué.

—¿Por ejemplo…?

—Han desaparecido dos de mis mejores amigas.

Rod arqueó una ceja.

Todo aquello iba concordando de una forma que no le gustaba, pero concordaba al menos.

—¿No ha vuelto a saber de ellas?

—No. La administradora, que es esa mujer atada ahí fuera, dice que ya fueron dadas de alta, pero yo estoy segura de que no llegaron a marchar de esta casa.

Y añadió con voz ronca:

—Hay un sistema para abrir esta puerta. Yo sabía hacía ya tiempo que la llave siempre estaba en uno de los cajones de la administradora. Y como ahora no podía impedir que me apoderara de ella, yo la he tomado.

Se la tendió a Rod. Era una llave proporcionada a la puerta; era enorme y consistente. El la hizo girar en la cerradura y empujó la pesada hoja de madera, pasando al interior.

Lo que vio le hizo parpadear.

Era una especie de laboratorio. Había allí varia estanterías y mesas, retortas, probetas, tubos de ensayo, balanzas de precisión, controles eléctricos. Se distinguía a simple vista todo lo necesario para hacer un trabajo eficaz, aunque no había más que un par de sillas, lo cual indicaba que allí no debían estar permanentemente más que un par de personas.

¿Para qué necesitarían un laboratorio allí?

Avanzó hacia el interior.

Las dos mujeres le siguieron como hipnotizadas.

Hacía frío en aquel lugar, porque funcionaba una instalación de aire acondicionado. Pero aire acondicionado a muy baja temperatura, lo que originaba un escalofrío en cualquiera que entrase. Más allá había una gran puerta metálica que debía dar a un sitio más frió aún: a una nevera.

Rod la abrió.

Vio que la nevera era en realidad una habitación. El frío que imperaba allí se hacía casi insoportable. El joven distinguió una especie de gran mesa de trabajo cubierta con una plancha de acero.

Sobre aquella mesa había diversos órganos que en seguida comprendió que eran humanos: un hígado, unos pulmones, un corazón… Al lado, en una especie de prensa, otros órganos habían sido cortados en finísimas láminas.

Rod sintió que algo vacilaba en su interior.

Y a pesar del frío espantoso que hacía allí, unas gotas de sudor nacieron en su frente.

Pero no fue eso todo.

Abrió la puerta metálica que había más al fondo, una puerta más pequeña que las otras y que seguramente daba a una cámara más Iría aún.

Sus ojos se desencajaron entonces.

Un chillido espantoso sonó tras él.

Porque desde la cámara habían rodado hasta el suelo tres piezas humanas. Habían rodado tres cabezas…

CAPÍTULO X

Las que acababan de chillar eran las dos mujeres que estaban a su espalda. Se habían llevado las manos a la boca y temblaban espasmódicamente. Incluso pareció como si Linda estuviera a punto de caer.

Rod necesitó hacer un terrible esfuerzo para poder preguntar con calma:

—¿Alguna de éstas es… de tu hermana?

—Sssss… sí.

—¿Y estas otras cabezas pertenecían a las chicas que desaparecieron?

Ahora fue la otra la que hizo un gesto afirmativo, sin fuerzas ni para contestar.

—Salgamos de aquí.

Rod acababa de tomar una decisión porque ahora ya sabía demasiadas cosas. Volvió la espalda a aquel espectáculo insoportable y empujó a las dos mujeres hasta que estuvieron fuera del sótano. Luego aún tuvo que esperar unos instantes a que se rehicieran, puesto que hasta les costaba respirar.

Rod dijo entonces:

—Ahora ya tengo una base para actuar. Este maldito lugar es simplemente un matadero. Un lugar donde se ha cometido una espantosa cadena de asesinatos.

—¿Pero por qué…?

—Creo que algo he podido deducir después de lo que he visto —dijo Rod—. Las muertas eran personas muy jóvenes y muy saludables. No es nada aventurado suponer que se quería obtener de sus cuerpos algún extracto, algún conjunto de células vivas, algunas glándulas en perfecto funcionamiento y que pudieran ser

utilizadas por otras personas no tan jóvenes.

—¿Con… con qué objeto?

—Desde siempre —dijo Rod—, todos hemos intentado buscar la eterna juventud sin conseguirlo, y más en las llamadas «civilizaciones» donde la apariencia moral importa poco y lo único que importa es la apariencia física. Rumanía se ha llenado de turistas extranjeros que intentan utilizar los métodos de la doctora Ana Asían, aun cuando éstos tienen una base científica. En Estados Unidos se hacen fortunas con las «clínicas de rejuvenecimiento». ¿Por qué no en Alemania, que al fin y al cabo es la patria de Fausto, y donde hay más dinero aún?

—Todo lo que dices… no tiene sentido, Rod. Es espantoso…

—Cuando una cosa no nos gusta escucharla decimos que no tiene sentido. Ésa es una vieja táctica de la mente humana. Pero en todas las mujeres, sobre todo las que van llegando a una cierta edad, existe un rincón secreto, uno que podríamos llamar «el rincón de los sueños». Cuando la vejez, avanza cualquier cosa parece buena con tal de detenerla, en especial si uno no sabe que la conservación artificial de su juventud exige sacrificios humanos.

Después de ordenar sus pensamientos, que llegaban a dolerle como pinchazos en su cerebro, añadió:

—Dos personas trabajaban activamente aquí. Si el sistema de emplear células humanas arrancadas «en vivo» les servía o no para algo, es una cosa que no sé. Pero hay alguien que sí lo sabe, y ese alguien, además, se ha beneficiado de los crímenes: es Gudrun Olendorf.

Linda negó con la cabeza, como si no pudiera creerlo.

—Dios mío —fue todo lo que dijo.

Rod decidió bruscamente:

—Teniendo ahora yo la llave de la habitación de esa bruja, no va a poder escapar. Pero antes hay que liberar a las mujeres que estén encerradas aquí. Ahora me doy cuenta de que esto es una monstruosa trampa. Vamos.

Pasaron de nuevo por el vestíbulo, donde la preciosa administradora seguía sólidamente atada. Ahora hacía desesperados esfuerzos para liberarse, quizá porque se había dado cuenta de que acababan de descubrirlo todo. Hasta entonces incluso podía haber acusado de secuestro a Rod, pero ahora había cambiado todo.

Estaba perdida.

Rod no la miró apenas.

Dijo a Silvana:

—¿Sabes dónde están las otras?

—Sí. En la parte norte del edificio.

—Pues vamos allá.

Ahora obraban con, una febril rapidez pues sabían que cada minuto contaba. Se dirigieron hacia un pasillo en el que hasta entonces no había estado Rod.

En una sala muy acogedora, donde había otro aparato de televisión, se encontraban reunidas cuatro mujeres. Parecían asustadas de verdad porque se habían dado cuenta de que algo ocurría, pero sin duda les faltaba valor para salir de allí. Al ver a Rod hicieron incluso un movimiento de retroceso.

Éstas no eran tan jóvenes como las anteriores. Por primera vez desde que aquel maldito embrollo empezó, Rod se encontraba ante mujeres que no eran de campeonato ni mucho menos. Las que ahora tenía delante de los ojos pasaban de los cuarenta. Una de ellas incluso debía haber dado la vuelta a la cincuentena.

Fue ésta la que gimió casi histéricamente:

—¡No se atreva a entrar! ¡No se atreva…!

—No pienso causarles ningún daño —dijo Rod con la voz más tranquila de que fue capaz— sino al contrario. Han estado ustedes en peligro y ese peligro ha desaparecido ya. Les ruego que no se muevan de aquí porque en seguida vendrá la policía a salvarlas.

—¿Por qué dice usted eso? —gimió una de ellas—. ¿Qué ha descubierto?

—Varios asesinatos.

—¿Aquí?

—Sí, aquí, aunque ustedes no lo crean. Pero la pesadilla ya ha terminado y nada tienen que temer. Procuren no moverse de aquí hasta que yo vuelva.

Cerró la puerta y miró a Silvana.

—¿Hay más mujeres, aparte de éstas?

—No. Yo juraría que no.

—Está bien; de momento creo que hemos controlado la situación. Ahora lo que necesitamos es cerrar esto para que nadie entre ni salga hasta que llegue la policía. ¿Hay más puertas, aparte

de la principal?

—Sí —dijo Silvana—. Hay otra trasera.

—Ve a asegurarte de que está cerrada, por favor.

—Bien.

La muchacha desapareció con la agilidad de un cervatillo. Rod fue repasando con la mirada todo lo que tenía a su alcance, para asegurarse de que no acechaba allí ningún nuevo peligro.

Mientras tanto Silvana había llegado a la parte posterior de la casa.

Vio la puerta que tenía que asegurar.

Descendió unas viejas escaleras de piedra.

Y entonces oyó aquel leve chirrido a su espalda, un chirrido que parecía causado por los muelles de una silla de ruedas.

CAPÍTULO XI

Se volvió con un estremecimiento.

Su respiración era ahogada.

Y entonces vio claramente la silla de ruedas. Vio la figura que estaba sobre ella. Vio…

Toda su garganta se contrajo.

No pudo ni lanzar un gemido. Sus ojos estaban desencajados. Sus manos se tendieron desesperadamente en un inútil gesto de defensa.

La figura avanzó hacia ella.

En sus ojos brillaba una lucecita inhumana.

La mano derecha se movió.

En ella brillaba la navaja barbera.

Dos movimientos.

Dos cortes brutales y secos.

La sangre que brota.

Un leve estertor que no llegó a atravesar las paredes…

Silvana cayó de rodillas.

Sus ojos estaban fuera de las órbitas.

Sus manos seguían arañando inútilmente el aire.

Un último tajo acabó con ella.

Luego la figura regresó suavemente.

Volvió a sentarse en la silla; no se dio cuenta de que la sangre había salpicado hasta las ruedas de ésta.

* * *

Rod Taxon ya se había dado cuenta de que por el momento no parecía acechar en el edificio ningún peligro más. Si Silvana cerraba

bien la puerta posterior, podían esperar con cierta tranquilidad la llegada de la policía.

Pero Silvana tardaba. ¿Por qué demonios no había venido ya?

No se necesitaban diez minutos para asegurar una puerta.

Al fin Rod tomó una decisión y miró el lugar por el que había desaparecido la muchacha. Fue hacia allí. Linda Sorensen le siguió como una autómata.

Dos puertas más y se encontró con las escaleras de piedra. Dos peldaños y… y sus ojos se desorbitaron mientras de su garganta escapaba una especie de rugido.

Porque vio la sangre.

Vio a la chica degollada.

Vio…

Bueno, aquello último ya casi no le causó sorpresa. La sangre, al salpicar la rueda, había hecho que ésta dejase el dibujo de su goma claramente impreso en el suelo.

Rod ya no necesitaba saber más.

Sus dientes volvieron a chirriar.

Y salió de allí apretando los puños. Tenía un sitio al cual dirigirse.

Y tenía algo muy importante que hacer.

* * *

Prefirió no decir nada a Linda porque sabía que ella podía correr peligro. Era mejor que se quedase allí. De modo que abrió la puerta que Silvana había tratado de asegurar, y salió a la misteriosa penumbra que flotaba en torno al castillo. Una neblina suave e insistente avanzaba por el fondo del valle y lo iba llenando todo. Las luces sólo se distinguían como reflejos débiles que iban siendo ahogados poco a poco.

Rod llegó a la habitación de Gudrun.

Esta vez no llamó.

Sus puños estaban apretados.

Sus ojos eran como cabezas de alfiler que reflejaban odio.

Y entonces la vio de nuevo.

La silla con una rueda en la que había una salpicadura de sangre.

La mecedora a un lado.

Gudrun mirándole. Gudrun con su cara completamente inexpresiva, con sus ojos quietos.

Rod masculló:

—Condenada zorra…

No obtuvo respuesta.

El cinismo de aquella asesina era infernal. Ni siquiera se molestaba en despegar los labios.

¿Tan segura se sentía en sus dominios?

—La comedia ha terminado —mascullo Rod—. Contesta de una vez, puerca… ¡Contesta!

Otra vez el silencio.

Otra vez aquella sensación de irrealidad, de misterio, como si ni las palabras ni el tiempo existiesen.

Rod no pudo más…

No le importó golpear a una vieja.

Ojalá la matase.

Descargó con todas sus fuerzas el canto de su mano contra la cara que tenía delante con ánimo de destrozarla. Un golpe como aquél podía partir el pómulo de una persona. Resonó brutalmente.

Pero no partió ningún pómulo.

Partió algo antes.

Una capa de vaselina y de cera.

El recubrimiento artificial de aquella cara.

Y debajo apareció el horror.

El horror hecho músculos apergaminados. Hecho carne momificada. Hecho piel embalsamada. El horror hecho… ¡hecho muerte!

Rod estuvo a punto de lanzar un grito.

Su propia mano, la que había tocado aquel cuerpo, le daba asco.

Sus ojos se desencajaron.

La figura de Gudrun Olendorf se deslizó entonces blandamente al suelo, quedando doblada a sus pies como el garabato de una pesadilla.

CAPÍTULO XII

Rod Taxon oyó aquella voz como si viniera de muy lejos, como si no existiera realmente. Una voz que dijo desde la puerta:

—Siento que lo hayas averiguado, Rod, pero desde el primer momento me temí que llegaría a ocurrir esto. Por eso intenté matarte.

Rod se volvió.

Su boca estaba seca.

Sintió que todo vacilaba en torno suyo, como si la realidad no existiese, como si aquello fuera un maldito sueño.

Apenas pudo decir:

—Gretchen…

Gretchen le apuntaba con una pistola automática, nada menos que una «German Luger». Ahora se habían terminado las hachas y las armas medievales. Ahora sólo quería la eficacia de una bala.

Rod Taxon se dio cuenta de que aquello era el fin.

No iba a poder escapar, pero curiosamente eso no le preocupó. Sólo quería saber cosas que quizá no entendería nunca. Sólo quería saber… ¡saber!

Gretchen dijo con voz opaca:

—Mi madre lleva muerta hace seis meses. Yo misma la hice embalsamar, aunque por mi parte no la toqué. Mi única actividad consistió en cubrirle cara y cuello con una capa de cera perfectamente dosificada. En eso soy una artista. A media luz parecía una mujer viva.

Rod dirigió una mirada al bulto caído a sus pies.

Lo que podía verse entre los pedazos de cera quebrada era, en efecto, un rostro embalsamado, pero había en él algo horrible, algo que no era normal. Parecía como si en aquel rostro hubiera existido

una especie de lepra antes de que la muerte lo alcanzase con su zarpa. Era algo que se presentía, pero que no se sabía explicar.

Preguntó con asombro:

—Pero ella hablaba… Yo mismo la oí. ¿Cómo era posible?

—Claro que era posible. No se trataba de su voz, sino de la mía.

—Nada de eso. La voz sonaba dentro de la habitación, mientras que tú estabas a mi lado.

—Muy normal. Entre sus ropas hay acoplado un magnetófono en el que yo grababa previamente las dos o tres frases que sabía con seguridad iban a ser normales en la conversación que se avecinaba. Terminadas esas dos o tres frases, la figura ya no hablaba más. Pero para eso estaba yo allí, para sacarte de la habitación antes de que notaras algo raro.

—Algo raro ya lo había notado, pero lo que tú dices es absurdo. Para poner en marcha el magnetófono que habías grabado disfrazando la voz, hacía falta acercarse a la muerta. Y nadie se acercaba a ella…

—Claro que no.

—¿Pues qué era lo que ponía en marcha el magnetófono?

—Los golpes en la puerta. Por eso te hice llamar siempre, ya que sin los previos golpes en la puerta la voz no sonaba. Un vibrador especial transmitía su vibración al magnetófono, que se ponía en marcha.

Rod sintió que el sudor bañaba otra vez su frente. No sentía el menor miedo, sino un infinito asombro. Y sin embargo se daba cuenta de que lo que decía Gretchen era verdad: un vibrador bien montado puede hacer funcionar cualquier mecanismo ligero.

—¿Tú querías que yo creyera que tu madre estaba viva? —balbució—. ¿Y deseabas que yo creyera que… que ella había cometido los crímenes?

—De momento sí, puesto que me era indispensable que no sospecharas de mí. Mientras tanto podía arreglarlo todo para eliminarte.

—¿Tú me atacaste con el hacha?

—Claro que sí.

—Gretchen… Sé que vas a disparar, pero necesito decirte una cosa: Todo esto no tiene sentido. ¿Paseabas el… el cadáver per la clínica, en su silla de ruedas, para que también las pacientes

creyesen que Gudrun vivía?

—Sí. Me interesaba que, en caso de apuro, las sospechas recayeran sobre ella, nunca sobre mí. Si las cosas se ponían muy mal, podía hacerla desaparecer por el simple procedimiento de enterrar el cadáver o quemarlo. Lo buscarían toda la vida y jamás lo descubrirían por el simple hecho de que buscarían a una mujer viva, no a una mujer muerta. Claro que hubo una paciente que, cierta noche, se dio cuenta de algo muy raro al bambolearse el cuerpo sobre la silla de ruedas. Fue la que te dijo a ti: «Lo he visto… Lo he visto…». Antes de que llegara a precisar bien sus pensamientos, antes de que te pudiera contar algo decisivo, resolví matarla.

—¿Y a las otras? ¿La ahorcada? ¿Y la que estalló en mi coche?

—Las dos trataban de huir y las dos sabían demasiado. La que estaba en tu «Citroën» casi lo consigue. Estaba a un paso de la libertad.

—Mejor a un paso de la eternidad —dijo Rod amargamente.

—En realidad la bomba estaba destinada para ti —masculló Gretchen con un rencor que ya no disimulaba—, pero la hice estallar por radio pensando que os alcanzaría a los dos. No podía impedir que vinieras a hurgar a este castillo, porque eso te hubiera llamado la atención y hubieses acabado viniendo de todos modos y además lleno de recelos. Pero desde el momento en que pusiste los pies aquí pensé que llegarías a averiguarlo todo y que no me quedaría más remedio que matarte.

El respiraba con dificultad. Ni siquiera miraba el ojo de la «Luger». Con voz espesa preguntó:

—¿Tanto trabajo y tantos crímenes para nada? ¿Qué negocio se obtenía, al fin y al cabo, de esa cochina clínica?

—Poco negocio realmente —confesó ella con voz seca.

—¿Pues a qué tanta sangre? ¿Y de dónde sacabas a las chicas cuyos cuerpos «aprovechabas» luego?

—De los *cabarets* de Nuremberg. Chicas sin familia y sin amigos duraderos. Personas de las que siempre se puede pensar que están «trabajando» en el extremo opuesto del mundo.

—Gretchen… Pero el empleo de todas esas vísceras, de todas esas células… ¡es absurdo! ¿A quién le hacían falta?

—A mí.

Rod quedó anonadado.
—¿A ti? —balbució.
—¿Por qué te extraña tanto?
—Porque eres joven. Y muy bonita…
—No lo voy a ser mucho tiempo. Mira a mi madre.
Rod no la miró. No se atrevía.
—Bueno —dijo—, parece como si ella, en efecto, hubiera sufrido una especie de… de lepra. Algo que le deformaba la cara.
—Era la enfermedad de los Olendorf. Desde la Edad Media la estamos padeciendo. Entonces no tenía diagnóstico posible, pero ahora sí, y sin embargo no hemos podido evitarla porque nuestra sangre no tiene defensas para eso. Es un virus que se transmite de padres a hijos, aunque no fatalmente. Por eso la sufrían algunos y otros no.
—Por ejemplo la sufrieron… aquéllos cuyas láminas habían sido arrancadas, ¿verdad?
Gretchen se mordió el labio inferior.
—Así es —dijo—. Yo misma las arranqué. Daba… angustia verlos. ¿No comprendes cuál fue la razón de que dos chicas se quitaran la vida antes de unirse en matrimonio con dos de aquellos monstruos? La situación que se había dado en un siglo se repitió un siglo más tarde por una razón muy sencilla: una muchacha a la que el señor feudal solicitaba en matrimonio no podía entonces elegir. Y esa enfermedad no sólo atacaba a los hombres. Esa monstruosa hinchazón de los tejidos también la sufrieron dos mujeres en mi familia.
—¿Las que murieron en unos conventos?
—Sí, claro que sí. Veo que estás más enterado de lo que yo misma creía. Tuvieron que ingresar en residencias católicas porque en ellas era donde inspiraba el mayor espíritu de comprensión para sus dolencias. Y cuando ya creíamos que por fin se había resuelto todo, que los Olendorf estábamos libres de esa pesadilla… mi madre también la sufrió. Entonces me di cuenta de que yo misma estaba perdida.
—¡Y temiste no llegar a casarte con Adolf!, ¿verdad?
—Claro que sí. Adolf representa todo lo que yo amo y todo lo que yo ansío. Necesito no correr peligro, no sufrir esa terrible herencia. Por eso, con la ayuda de dos científicos que me

aseguraron el éxito, monté todo esto. Organicé lo que a ti te habrá parecido una sangrienta y repugnante tramoya.

El hizo un gesto afirmativo.

Sí. Sangrienta y repugnante.

No encontraba dos palabras que se ajustaran mejor.

Y en sus labios se dibujó una sonrisa. Fue una sonrisa amarga pero al mismo tiempo burlona, desafiante.

Y eso que sabía que iba a morir. Sabía que la bala de la «Luger» le alcanzaría en cualquier instante en mitad de la frente.

Ella le miró extrañada.

—¿Por qué sonríes? Pareces muy contento, Rod… ¿Es que no te das cuenta de que eres un condenado a muerte?

La sonrisa del hombre se hizo más ancha, más burlona. Era bien extraña, realmente, en la boca de un hombre que al fin y al cabo iba a morir.

Rod murmuró:

—¿Todo esto lo has hecho para evitar que esa dolencia se transmitiera a tu cuerpo? ¿Para asegurarte una salud que de otro modo no tendrías?

—Sí.

Rod dijo secamente:

—Pobre chica.

Ella le miró como alucinada.

—¿Pero a qué viene eso? —farfulló—. ¿Por qué hablas así?

—Porque todo ha sido inútil, Gretchen.

—¿Inútil? ¿A qué viene eso?

—Tú nunca hubieras adquirido esa horrible enfermedad.

—¿Por qué no?

—Porque nunca has sido hija de Gudrun Olendorf.

Gretchen quedó anonadada. Dio la sensación de que le habían golpeado en plena cara con un látigo. Sus ojos se desencajaron un momento.

—¿De dónde… has sacado eso? —barbotó.

—De los libros de Historia. No olvides que soy profesor y que me he especializado en la Edad Media alemana y en la rama de los Olendorf. Hay algo que ya sabía al llegar aquí, pero que no te hubiera dicho nunca. Ahora vale la pena de que lo sepas. Mira esto.

Y extrajo un papel del bolsillo superior de su americana. Lo hizo

con dos dedos, de modo que ella pudo darse cuenta de que no era una treta para sacar un arma. Él se lo pasó tendiendo el brazo.

—Lee.

—Es… ¡es una treta!

—No lo es. No dejarás de apuntarme porque no tienes más que mirar las primeras líneas. ¡Lee…!

El papel estaba doblado. Ella lo miró. Y, en efecto, no necesitó más que echar un vistazo a las primeras líneas.

El encabezamiento decía: «Cedula de Adopción».

Y luego estaban los nombres: «Gudrun Olendorf, viuda…» «Gretchen Expósito, hija de padres desconocidos y recogida en una institución de caridad…».

Los labios de Gretchen temblaron.

No se trataba de una trampa. El documento era rigurosamente auténtico. Y las fechas coincidían.

Lanzó un gemido.

El papel cayó al suelo.

Los ojos desencajados de la muchacha no miraban a ninguna parte.

Era ya incapaz de reaccionar, de pensar, de sentir incluso. Se había convertido de pronto en una máquina destrozada que sólo podía servir para una cosa puramente maquinal: para apretar un gatillo.

Rod lo adivinó y saltó instantáneamente de costado mientras ella disparaba. La bala se estrelló contra una de las paredes. Gretchen hizo girar la «Luger», pero va no tenía reflejos, ya apenas tenía fuerzas.

Huyó al ver que Rod iba a atacar. De pronto todo le parecía distinto. Un gemido de muerte partió de su boca.

Dio un salto hacia atrás.

Sus ojos seguían desencajados.

No veía dónde estaba.

Y de pronto se oyó aquel aullido. El grito de sorpresa, de miedo, se transformó en un grito de muerte. Al saltar violentamente había roto los cristales de la ventana que tenía a su espalda.

Todo su cuerpo se tensó en el aire.

Luego se arrugó de pronto.

Fue como una lejana visión de aquelarre.

Rod lanzó una imprecación.

Una caída desde el primer piso no ha de ser necesariamente mortal, pero suele serlo cuando la víctima cae sobre las enormes losas de piedra de un castillo de la Edad Media. La cabeza de Gretchen se abrió en dos mitades. Un charco rojo tiñó el gris de aquellas piedras bañadas por la lluvia de los siglos.

Rod se llevó la derecha a la boca. Aquello seguía pareciéndole una pesadilla en la que le costaba creer. Cuando se retiró de la ventana aún le dominaba aquella extraña sensación de vértigo.

Y entonces oyó el ruido de alguien que se acercaba. No podía ser ningún enemigo porque la única enemiga había muerto ya. Se volvió confiadamente mientras en sus ojos aparecía una expresión de esperanza.

En efecto, no era ningún enemigo. Se trataba del agente de policía de Olendorf y el médico forense. Menos mal que aún estaban por allí.

CAPÍTULO XIII

Rod Taxon tenía en estos momentos una virtud: todo su cuerpo estaba tenso, todos sus músculos estaban prestos a la acción. Al ver a los dos hombres se había confiado, pero sin relajarse ni un momento. Por eso pudo saltar como un rayo cuando vio el extraño gesto del otro al llevarse la mano derecha al bolsillo de la americana.

Chocó contra la pared. Estuvo a punto de venirse abajo por la misma ventana por la que se había matado Gretchen. La bala le rozó, reventó en la pared de piedra y se convirtió en esquirlas.

Rod Taxon dio dos vueltas por el suelo instantáneamente.

Y tensó aún más sus músculos, dispuesto a pasar a la acción, porque de repente había comprendido.

Todo desfiló ante sus ojos como una película gris a través de la que viera sucederse las imágenes a una velocidad de pesadilla.

Comprendió que el teléfono de la casa no conectaba con la centralita de Olendorf, sino con la clínica contigua.

La «telefonista» que le había contestado era la administradora a la que él tuvo luego que atar y amordazar.

El «policía» con el que se había puesto en contacto era el que trataba de matarle ahora.

Y el «forense» era igualmente un falsario. Los dos debían tener unos papeles bien definidos en aquella sangrienta farsa. Los dos tenían que ser… ¡los científicos que estaban trabajando con las células vivas de las muchachas a las que sacrificaban! ¡Ellos eran los verdaderos asesinos!

De la garganta de Rod Taxon escapó una especie de rugido mientras se lanzaba hacia adelante. Su agilidad fue diabólica. Su fuerza fue la de un toro al que le disputan la hembra.

Ahora eran sus dos enemigos los que habían sacado las pistolas, pero la fantástica rapidez de Taxon les había «descolocado». Su quiebro magistral hizo que dispararan otra vez al aire. No eran tiradores, sino asesinos a quienes una organización diabólica se lo daba todo hecho. La desorientación que tuvieron durante unas fracciones de segundo fue total.

Y cuando aquellas décimas de segundo transcurrieron, ya todo había cambiado. Rod disparó su pie derecho contra el prójimo que tenía más cerca, y el terrible aullido de doler se debió oír en todo el edificio. El atacado vaciló mientras a duras penas podía sostener el revólver. La sensación de pinchazo en las entrañas le cortaba la respiración, le hacía boquear.

Rod aprovechó aquella oportunidad.

Tenía que hacerlo antes de que el otro reaccionase y pudiera apretar el gatillo. Febrilmente sujetó la mano armada del enemigo que vacilaba.

Hizo que la levantara bruscamente. Y él mismo apretó el gatillo, presionado, obligado por la fuerza salvaje de los dedos de Rod.

Fue su propio compañero el que recibió el balazo en el pecho cuando levantaba el arma otra vez. Vaciló, emitió un estertor y se llevó las manos a la espantosa herida. Un disco rojo había aparecido a la altura de su corazón, y aquel disco se agrandaba por momentos.

El otro también lanzó un grito.

Intentó desasirse.

Pero Rod, que le sujetaba con ambas manos, le hizo dar una vuelta de campana y lo estrelló brutalmente contra las escaleras de piedra que llevaban al vestíbulo. Fue una de esas vueltas de campana que los luchadores dan en el *ring* V que hacen que se estrellen espectacularmente contra la lona.

Sólo que éste no se estrelló contra la lona, sino contra la dura piedra. Lanzó un nuevo aullido. Y no sólo fue eso, sino que empezó a rodar escaleras abajo.

Su cuerpo brincaba como una pelota, dando saltos más angustiosos cada vez. Su cabeza chocaba contra las losas.

Cuando llegó al vestíbulo ya no se movió más.

Sus ojos, sin luz ya, no miraban a ninguna parte.

Una mueca angustiosa cruzaba su boca.

Rod Taxon se puso en pie mientras sentía que sus fuerzas

fallaban ahora. La tensión nerviosa, cuando el motivo de ésta cesa, deja a un hombre más cansado que una paliza. Por eso Rod vaciló un momento, pero se rehízo en seguida mientras miraba en torno suyo.

Por fortuna ya todo había pasado. La pesadilla empezaba a quedar lejos. Podía volver a la clínica mental, que era en realidad el museo de los crímenes, y llevarse de allí a Linda Sorensen, después de liberar del todo a las enfermas que con razón podía considerar unas cautivas.

Unos minutos después estaba allí. Pasó junto a la mujer prisionera pensando que pronto se ocuparía de ella la auténtica policía. Luego fue al lugar donde había dejado encerradas a las pacientes.

Ellas le miraron expectantes, con una mezcla de desorientación, de recelo y al mismo tiempo de esperanza.

—Todo ha terminado —dijo Rod con voz tranquila—. Pueden salir cuando quieran de aquí. Ya no deben acordarse más de esta pesadilla.

Y volvió la espalda, desinteresándose de aquellas mujeres, porque quería ver a Linda, con la que no se había encontrado aún. Para él sí que había terminado de verdad la pesadilla. Para él era como si la vida volviera a empezar.

La muerte había quedado atrás.

Al menos eso creía.

Porque la verdad era que la muerte aún estaba allí. La muerte aún le reservaba una terrible sorpresa.

CAPÍTULO XIV

Todo empezó con aquel chasquido a su espalda, pero Rod Taxon no se quiso alarmar. No tenía ya más enemigos. Podía estar tranquilo.

… Que…

Sus pensamientos se cortaron entonces. El terrible golpe en la nuca le hizo vacilar. Sus ojos se llenaron de estrellitas rojas.

No sabía con qué le habían golpeado, pero podía ser con una barra de hierro. De todos modos tampoco le quedó tiempo para meditar demasiado sobre eso. Intentó volverse y las rodillas no le sostuvieron. Cayó.

Como entre brumas vio a las cuatro mujeres.

Cuatro especie de arpías que caían sobre él. Cuatro brujas de aquelarre que volaban hacia sus ojos.

No lo entendía.

Pero estaba allí.

Caían sobre él…

¡Le clavaban las uñas! ¡Le aplastaban con su peso!

Si Rod no hubiera recibido antes aquel terrible golpe se habría deshecho de sus atacantes, pero ahora no podía. La cabeza le daba vueltas y sentía una terrible náusea. Los músculos se negaban a obedecerle.

Una de las mujeres gritó:

—¡Tú lo has destruido todo, maldito! ¡Tú has aniquilado nuestras ilusiones, nuestros sueños…!

Sus largas melenas flotaban al aire mientras le golpeaban con saña.

No hacía falta que sus pieles ya algo gastadas le rozaban mientras caían sobre él.

Eran en conjunto una visión absurda y estremecedora a la vez,

como deben ser las visiones del infierno.

Y de pronto Rod lo comprendió. Todos sus nervios sufrieron una brutal sacudida.

¿Cómo no lo había comprendido antes? ¿Cómo no se había dado cuenta de que aquellas mujeres eran viejas y no jóvenes? ¿Cómo no había visto que si no huían era porque no les daba la gana?

¡Ellas también se beneficiaban del diabólico experimento!

¡Ellas, en compañía de Gretchen, usaban las células y los tejidos de las víctimas!

¡Y ahora iban a eliminarle porque sabía demasiado! ¡Iba a reventar a manos de aquellas brujas!

Notó confusamente qué le situaban en una especie de tobogán con fondo de cobre. Era resbaladizo y se deslizó por él. Durante algunos segundos no comprendió adonde daba aquello, aunque tuvo la confusa sensación de que se precipitaba en el infierno.

Y nada tan exacto.

Porque aquel tobogán llevaba… ¡al horno crematorio de la clínica! ¡Un horno crematorio perfecto!

¡Ahora podía darse cuenta Rod de por qué los restos no utilizados de las víctimas no aparecían nunca!

¡Y él iba a ser una víctima más! ¡La más angustiosa de todas!

¡Iban a quemarle vivo!

La puerta del horno estaba abierta. El interior llameaba. Era como una boca voraz que parecía llamarle desde la entrada del infierno.

Rod intentó sujetarse a los bordes de aquel siniestro tobogán, pero ya no pudo. Los músculos seguían sin obedecerle. Su cabeza daba vueltas. Por un momento le sumergió el horror.

Y entonces, cuando ya iba a hundirse en aquel abismo sin nombre, algo le cortó el camino. Una silla se cruzó en el tobogán, haciendo que chocara contra ella.

Rod se detuvo mientras lanzaba un débil gemido, con la sensación de que le habían roto los huesos.

Verdaderamente el frenazo había sido brutal, pues para entrar en el horno se caía de un piso al otro y la aceleración era enorme. La silla también se deslizó al fin y fue a chocar con la boca del horno, pero no entró en ella debido a su tamaño. Rod quedó frenado definitivamente. Con la sensación de que todo aquello aún

no era cierto, dio un salto de costado y salió de allí.

Entonces vio a la mujer que le había salvado. Vio a Linda Sorensen que empuñaba una pistola, seguramente arrebatada a uno de los muertos. Con ella mantuvo a raya a las cuatro furias después de perforar de un balazo la pierna derecha de una que había tratado de lanzarse sobre ella.

Las cuatro jadeaban.

Eran como fieras sanguinarias que no se atreven a moverse. Para ellas acababa de romperse el sueño de la eterna juventud, aquel rincón de los sueños que habían ido tejiendo a costa de la vida de las demás. Para ellas se abría de repente el futuro sin esperanza, sin remisión, el futuro negro de la vejez y de la cárcel.

Rod musitó:

—Nunca te lo pagaré, Linda.

—No te preocupes. A poco que te descuides vas a tener toda la vida para pagármelo.

Y sonrió por primera vez en mucho tiempo. Sonrió haciendo que a sus ojos asomara una chispita de luz.

Rod musitó:

—Déjame el arma y ve a Olendorf. Avisa a la auténtica policía local. Diles que vengan con una furgoneta porque van a tener una buena redada.

Y encañonó a las cuatro mujeres mientras éstas le miraban entre atónitas y destrozadas. Todo el egoísmo de una «civilización» que ya sólo admite el «yo» brillaba en sus ojos. Toda la angustia de la desesperación empezaba a latir en sus entrañas.

Pero Rod apenas las miraba.

Sólo miraba a Linda que se iba alejando poco a poco.

Su cuerpo esbelto y sus esculturales piernas.

Sus ojos.

Su animosa sonrisa.

Ella también estaba creando su rincón de los sueños, pero éstos eran limpios. Eran los sueños de una muchacha que cree en la vida. Los sueños de una mujercita que sabe aceptar la muerte.

Rod musitó:

—Vuelve pronto, no sea que vaya a enamorarme de una de éstas. A lo mejor rejuvenecen, cuerno…

Fin



Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en
2007-08
el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de

redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.